



ALTO-ZAMBESE (*Africa austral*). — Sepultura de un misionero. (Pág. 393).

nacio. Pronunció los votos en 29 de Noviembre de 1833, y en 10 de Junio de 1838 recibió la unción sacerdotal y empezó su carrera de apóstol y misionero. Saboya entera y varias ciudades de Francia le oyeron sucesivamente en los ejercicios de Misiones y de Cuaresma.

Mas la Providencia le destinaba á otra obra. La Mision de las sobredichas islas, inaugurada por el P. Leon des Avanchers, acababa de ser confiada por la Santa Sede á la provincia de Saboya, y el reverendísimo Padre Provincial, conociendo las cualidades y raros talentos del P. Ignacio, le encargó tan importante obra. Provisto de todos los poderes necesarios, embarcóse, y llegó á su destino en Octubre de 1864, época en que la Mision aún no se habia recobrado de los desastres producidos por el ciclon que en 1862 arrasó parte de la isla de Mahé.

Quedaban todavía no pocas ruinas que reparar, y la Mision estaba agobiada de deudas. Sin desconcertarse, nuestro P. Ignacio puso manos á la obra, y despues de pedir nuevos operarios para cultivar el campo del Padre de familias, dirigió toda su atencion á las escuelas de niñas, tan perjudicadas por los recientes desastres. Compróse un terreno más próximo á la iglesia, y se hicieron varias construcciones, que despues tuvieron que ser ensanchadas á fin de albergar más numeroso personal. Las Religiosas de san José de Cluny, que no eran más que cuatro en Puerto-Victoria, ascienden ahora á diez y siete, con trescientas niñas entre discípulas y huérfanas. El establecimiento en cuestion puede competir con los mejores de Europa, como ha manifestado públicamente el gobernador.

La iglesia de Puerto-Victoria, centro de la isla de Mahé, no estaba aún concluida cuando llegó el P. Ignacio, y careciendo absolutamente de recursos, fué á la isla Mauricio á fin de obtener socorros del Gobierno inglés, que se mostró

benévolo y generoso. Merced á los subsidios obtenidos, pudo terminar la iglesia, construir el campanario, y más tarde ensanchar el coro. En breve emprendió y terminó las construcciones necesarias para escuelas de niños.

Aparte la iglesia de Puerto-Victoria, la Mision no poseia más que pequeñas capillas de madera. Sucesivamente se fuéron comprando terrenos en las Ensenadas de los Pinos, Boileau y Real, donde se construyeron espaciosas y sólidas iglesias. El P. Ignacio adquirió asimismo una propiedad en la isla de Mahé, y construyó vastos edificios que sirven de enfermería para los misioneros.

En 1879 el reverendísimo Padre, entonces viceprefecto, solicitó vivamente de sus superiores permiso para ir á Europa á fin de restablecer su salud, quebrantada por los ardores del clima: su intencion repetidas veces manifestada era retirarse á un convento de la Orden y terminar sus dias en los ejercicios de la vida regular. Partió, pues, en Abril de 1880, y arribó á Europa el 16 de Mayo.

La Providencia tenia sus designios sobre este humilde religioso. En Agosto de 1880 el Sumo Pontífice elevó la prefectura de las islas Seychelles al rango de vicariato apostólico. Atendidos los méritos, prolongados trabajos y prudente administracion del Rmo. P. Ignacio, fué nombrado para aquel puesto. El Padre se excusó, pretextando su edad y cuán indispensable le era el reposo; y viendo que se persistia en designarle para tan elevada funcion, todo lo puso en obra para que se nombrase á otro; mas todo fué en vano. Su consagracion episcopal tuvo lugar en Chambéry en Setiembre de 1880.

El Ilmo. Ignacio fué en seguida á Roma, siendo muy bien recibido por el Papa, y á su regreso una indisposicion le obligó á guardar cama varios dias. Restablecido apenas, emprendió en interés de la Mision el viaje de París y Lon-

dres, y embarcóse el 14 de Noviembre. Como se encontraba delicado, el viaje fué sumamente fatigoso. Al llegar á Aden sobrevinole súbitamente un ataque de apoplejía que provocó un derrame cerebral. Tras ocho días más de navegacion arribó casi moribundo á su Mision el 4 de Diciembre. Se habian hecho todos los preparativos para una recepcion solemne, y el pueblo esperaba con impaciencia ver á su nuevo Obispo. El gozo se trocó muy pronto en profunda tristeza cuando se supo la situacion de S. I. A pesar de los cuidados que se le prodigaron, la enfermedad hizo progresos, y tuvieron que administrársele los últimos Sacramentos.

Sin embargo experimentó una ligera mejoría, y el 13 de Enero pudo trasladarse á la montaña para que respirase un aire más fresco. El 5 de Marzo despertó como de un profundo sueño, y recobró el conocimiento, pudiendo por fin el 8 de Mayo hacer su entrada solemne en la iglesia de Puerto-Victoria, tomando canónicamente posesion de su vicariato apostólico por la lectura de las bulas, y presidiendo la primera Comunión. El pueblo acudió gozoso de todas partes, y postrábase contento á las primeras bendiciones de su Obispo. Poco despues el Ilmo. Ignacio administró la Confirmacion á un centenar de personas, presidió la procesion del Corpus y llevó el santísimo Sacramento.

Este estado satisfactorio se prolongó hasta Noviembre, en que empezó á experimentar un malestar general á consecuencia de una afeccion del corazon. El mal hizo en breve rápidos progresos, y á pesar de cuantos medios empleó el celo de los facultativos, el estado del venerable enfermo se hizo sumamente crítico. Sintiendo que se acercaba su fin, pidió y recibió con pleno conocimiento los últimos Sacramentos, y durmióse apaciblemente en el Señor el 19 de Diciembre.

La noticia de su muerte produjo desolacion universal. Sus funerales fueron espléndidos. Siguieron el cortejo más de 6,000 personas que acudieron de todos los puntos de Mahé y de las islas vecinas, en cuyo número se encontraban las Autoridades. Fué un triunfo para la santa Iglesia. Muchos asistentes, sin distincion de creencias, lloraban al padre querido y venerado que por espacio de diez y siete años se habia consagrado al bien de todos.

EL JÓVEN MISIONERO.

LA LIMOSNA DE LAS LIMOSNAS.

I.

El mal, segun parece y lo palpamos por desgracia, lo invade todo. No sólo se ha apoderado del corazon é inteligencia del hombre, no sólo tiene ya dominio en las pasiones, sino que aun la naturaleza toda parece resentirse. Tiemblan los reinos y los imperios por su inestabilidad; estremécense por las pésimas costumbres de los pueblos, y las familias y los individuos todos se resienten de la corrupcion general, hija de la revolucion impía que se opera en todas las esferas de la vida.

Y todo esto ¿por qué? ¡Ah! Es que el hombre ha pretendido, y pretende sin cesar, sacudir el yugo que Dios le impusiera, y emanciparse de su ley santa; es que el sensualismo quiere á todo trance dominar el espíritu, pues toda carne ha corrompido sus caminos. El hombre se ha apartado de Dios, y Dios parece tambien que le ha entregado en manos de sus consejos.

Lo que más espanta es que no se ponen en práctica sino muy pocos medios para impedir el paso á tanto

desórden; y si de algunos se echa mano, se hace las más de las veces friamente y por pocos. Todo es hablar del progreso material. Para éste son todas las preferencias; en nada se repara cuando se trata de surcar los mares con una velocidad asombrosa y aún para recorrer segura y velozmente los espacios. Para todo se establecen asociaciones; por medio de ellas se abren canales, se fomentan la agricultura y las artes, se acometen empresas gigantescas. El comercio toma un vuelo atrevido, y hasta; ¿quién lo creyera! el genio del mal se vale de esta institucion humana como de un medio para combinar los esfuerzos de sus prosélitos y establecer una dominacion funesta en todos los ángulos de la tierra. ¿Qué son sino esas sociedades secretas? ¿Qué esos clubs? No hay por qué dudar: ya lo habia dicho el Salvador: los hijos de este siglo, en este punto, son más avisados que los hijos de la luz.

Descúbrese, sin embargo, en medio de este horizonte de males sin cuento, un lenitivo que, cual sol refulgente despues de espesas y largas tinieblas, alegra el corazon del afligido viajero; que, á manera de iris de paz, tras horribas tormentas anuncia la bonanza y trae de nuevo la paz perdida, y que, cual otra aurora, es nuncio seguro del puerto de salvacion.

¿Sabeis cuál será este deseado?

¡Ah! Escuchadlo: *este es el misionero...* El predicador del Evangelio y de la verdad; ese embajador celestial que trae la buena nueva á todo corazon afligido. Su solo nombre nos recuerda al afligido enfermo consolado en sus dolores, la alborotada familia apaciguada, la ciudad pecadora contrita y humillada. Su solo nombre despierta en mi imaginacion sorprendentes á la par que consoladores pensamientos. Pueblos enteros humillados ante sus piés; comarcas muchas reducidas á su primitivo fervor; naciones grandes abandonando las falsas deidades, ya de su corazon, ya de sus nefandas instituciones, para adorar al solo Dios verdadero. Su solo nombre, en fin, me representa continentes, naciones, reinos, ciudades, pueblos, aldeas, montes y valles, calores y frios, todo, todo recorrido por este ángel de la tierra, que, en alas del celo que le devora, lleva el iris de paz á toda criatura.

Para entrar mejor en el fin que me propuse desde un principio, permítaseme hacer conocer más todavía quién es el misionero.

II.

El misionero, no será demasiado ponderar, es el nuncio de la *verdad*, la *vida* y el *camino*. Porque, en efecto, por el misionero el pueblo evangelizado ve la *verdad*, recibe la *vida*, descubre el *camino*; porque por él conoce á Dios, y haciendo polvo sus ídolos, hace que, en lugar del imperio que sobre él sentara Satan, suceda el de Cristo. Verdaderamente el misionero con su palabra, que es la palabra de Dios, y con sus ejemplos, regenera las costumbres, endulza la vida del hombre, reconcilia con Dios á la humanidad. Él hará que con los beneficios de la civilizacion cristiana se cante la gloria de Dios en la China y en el Japon, en la India y en la Persia; él hará que sea exaltado el nombre del ungido Jesús entre las numerosas hordas salvajes de los arenales del Africa.

Muchos son, por cierto, los afortunados pueblos que han visto ondear con mucha gloria el estandarte de

la Cruz y gustar sus dulces frutos. En verdad que de algun tiempo á esta parte la luz del santo Evangelio va iluminando la ceguera y miserable abandono de muchas razas y pueblos. Es la *Obra de la propagacion de la fe*, institucion grande, institucion la más civilizadora de todas, institucion divina que, alargando una mano generosa, ha dado y da de continuo ministros caritativos y celosos los cuales derraman por todas partes, y con consoladores frutos, la ciencia de la virtud.

Sin embargo, ¡ay, cuán pocos son relativamente los pueblos que han recibido á ese ángel de la buena nueva! El corazon celoso de la gloria divina se llena de amargura al ver que la viña del Señor está tan falta de operarios. *Messis quidem multa, operarii autem pauci*.

Se trabaja con leyes numerosas, con instituciones modernas, con sociedades filantrópicas; se hacen resonar los nombres vacios de *unidad, fraternidad, libertad* en pro de la sociedad y del progreso, y, no obstante, cada dia se va de mal en peor. La pobreza aumenta, las injusticias son sin número, los robos y asesinatos sin cuento. ¡Estadistas desalentados!... Dadme, en vez de tantas Constituciones, en vez de tantos ejércitos y de tantas bayonetas, de tantos empleos y empleados, unos cuantos misioneros más; haced que recorran en santa Mision los pueblos, y se verá cómo el bien cunde y se ejerce la justicia con rectitud; veréis cómo el corazon humano, dominado por la palabra evangélica, es arrancado de sus extravíos y aberraciones, y cesan más ó menos pronto los males de la sociedad.

Si con estas cortas y mal dispuestas líneas pudiera mover á algun corazon á que contribuyera á formar uno solo de esos operarios evangélicos segun el medio y modo que pronto diré, ¡por cuán dichoso me tendria!... Este es el objeto que me he propuesto en las presentes líneas.

III.

Si delante de los hombres, y sobre todo si ante Dios, se hacen en las santas Escrituras grandes elogios de aquel que, habiendo misericordia del necesitado, alarga su mano bienhechora y le socorre, hasta llamarle *feliz y bienaventurado*, ¿qué elogios se podrán hacer de la limosna que tenga un fin más alto? No es necesario detenernos en ponderar cuán grata sea á Dios la limosna, cuando leemos en San Mateo que por un solo vaso de agua fria dado á un pequeñuelo en su nombre, recibirá su merced. (*Matth. x*). Pero tambien es cierto que, entre las limosnas, unas son de más utilidad al prójimo que otras, y por consiguiente tambien más gratas á Dios.

Bueno y muy bueno es dar un vaso de agua al verdaderamente sediento, por amor de Dios; dar un pedazo de pan al hambriento, y vestido con que cubrirse al desnudo; mas, fuera de ciertos casos, hay limosnas mejor que éstas. Bueno y muy bueno es visitar enfermos y encarcelados, dar un consejo á quien lo há menester; pero todavía hay una limosna mejor que ésa. Bueno y muy laudable es emplear grandes sumas en fundaciones y otras obras de beneficencia; no obstante, aún hay limosna mayor que esa. Si, y no dudo en afirmarlo; porque hay una que es más provechosa á los hombres y más agradable que todas, puesto que todas las comprende, todas, y es la limosna que tiene por objeto el formar mi-

sioneros de Dios, esto es, el contribuir de alguna manera á que se creen misioneros evangélicos. Ahí está la limosna de las limosnas. ¡Y qué limosna tan santa! ¡Y qué bienes tan provechosamente empleados! ¡Qué obra tan grata á Dios!...

No creo que me cueste mucho el probar cumplidamente mi aserto. En efecto; contémplese en la puerta del rico á un sér cuya sola vista mueve á compasion al corazon más frio. Destrozados sus pocos vestidos, desnudos y helados sus piés, y en cuyo semblante se ven retratados con los colores más vivos la miseria y el hambre que le oprimen. ¿Por ventura no habrá una limosna más grata á Dios que socorrer á esta desventurada criatura, fuera del caso de extrema necesidad? Contribuid del modo que podais á la formacion de un misionero, y en esta limosna comprenderéis de un modo mucho más superior aquella otra. Trasládase uno á una cárcel, á un hospital, y allí se descubren seres que por sus privaciones, por su pobreza, dolores y enfermedades tienen que experimentar cuán amarga es la existencia del hombre mortal en este valle de lágrimas. Tambien aquí las almas dotadas de un corazon tierno y compasivo podrán ejercitar su celo por la gloria de Dios, y harán ante su divino acatamiento una obra muy meritoria. ¿Y no habrá, á pesar de esto, una limosna más grata á Dios y útil á los hombres que visitar y socorrer á estas desventuradas criaturas?... Contribuid del modo que permitan vuestra prudencia, vuestro consejo ó bien vuestros haberes, á la formacion de misioneros, y con esta limosna veréis que estos varones apostólicos, á su tiempo, impulsados por su celo, recorren, visitan, consuelan, predicán, y, más aún, consiguen santificar á toda criatura. De este modo es fácil discurrir tambien por todas las demás suertes de limosnas. Por lo que si la limosna, por exigua que ella sea, extingue el pecado, como el agua apaga el fuego, ¡cuánto bien haremos á nuestra alma contribuyendo con limosnas á que aparezcan misioneros, ó sea ministros evangélicos, entre los hombres para que les enseñen el camino del cielo!... Hé aquí estas palabras de san Juan Crisóstomo: «Aunque se hagan grandes penitencias, aunque se ayune toda la vida y aunque se dé toda la hacienda á los pobres, nada tiene que ver todo esto con el celo de la salvacion de las almas, que prueba tener quien contribuya con sus limosnas á la formacion de misioneros.» En confirmacion de esto, que se responda á la pregunta: ¿por qué vino el Hijo de Dios al mundo?

Para conocer más la ventaja de esta suerte de limosna sobre todas las demás, atiéndase que es tanto mayor, cuanto el alma es mejor y más excelente que el cuerpo. Muy contento puede estar el rico poderoso en la hora de la muerte si ha sido caritativo; pero más si su caridad se ha extendido á la formacion de hombres evangélicos, que á la vez son los propagadores de la caridad de Dios; tanto más, cuanto la limosna por la salvacion de las almas, dice el mismo san Juan Crisóstomo, es más y de mayor estima que hacer milagros. A todas estas pruebas pudiéramos añadir que con esta limosna se ejercita de un modo especialísimo el amor de Dios y del prójimo, siendo este el mejor camino para nuestro arrepentimiento y para obtener el perdon de nuestros pecados, impidiendo además que muchos otros ofendan con los suyos á Dios. *Qui converti fecerit peccatorem ab errore via suæ,*

salvabit animam ejus à morte, et operiet multitudinem peccatorum. (Jac. v, 20).

¡Cuántos jóvenes hay que no pueden seguir la vocación al ministerio apostólico por falta de recursos! ¡Cuántos otros que, á haber quien les diese un buen consejo que les guiara por dichos caminos, serían á su tiempo unos fervorosos ministros del Evangelio!

No se considera por cierto lo que es y puede ser un niño, un joven misionero.

La sagrada Escritura nos habla de una semilla que si es notable por su pequeñez, no lo es menos por su corpulenta magnitud una vez adquiridas sus debidas proporciones, hasta el punto de hacerse un árbol grande, donde las aves anidan sus pequeñuelos. En el grano de mostaza de la Sagrada Escritura se ve al niño, al joven misionero que, si bien es ahora como una planta tierna por su pequeñez, algun tiempo crecerá y extenderá sus ramas hasta tal punto, que, no las aves del cielo, sino las almas, los pecadores todos de la tierra, se cobijarán bajo los transportes de su celo por la gloria de Dios, y en su palabra encontrarán la verdad, la luz y el camino.

¿Hubiese sido el pueblo de Israel tan feliz con tener en Moisés un guia tan fiel y santo, un legislador tan perito, un salvador, por decirlo así, que le saca de la esclavitud y de su vida errante, elevándole á la tierra de promision, á no haber tenido la hija de Faraon

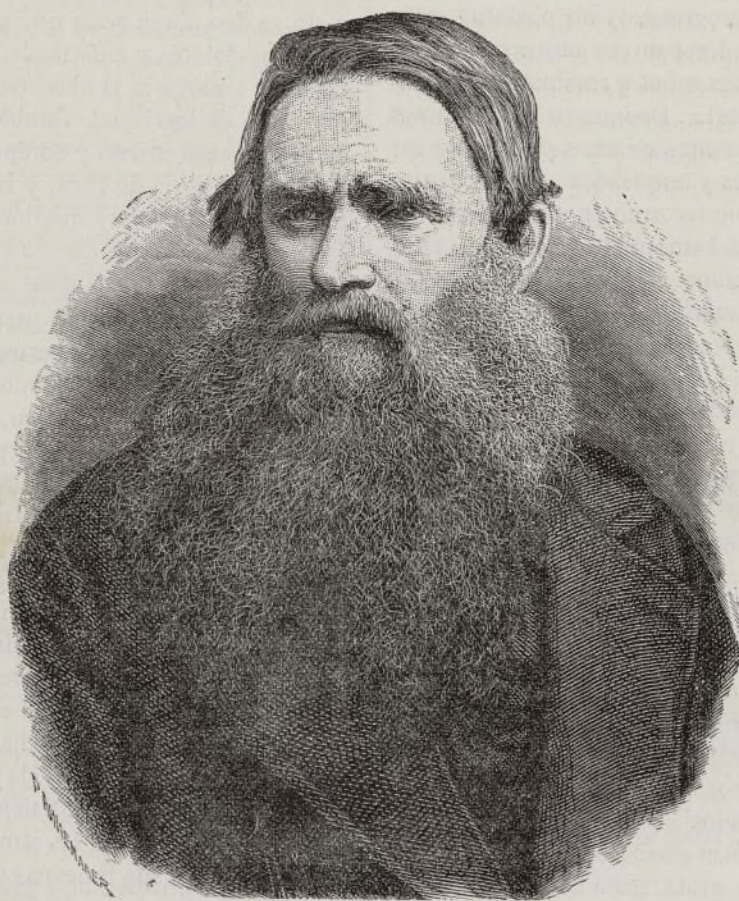
entrañas de misericordia para salvar la vida de aquel varon israelita, que sin remedio iba á perecer anegado en las aguas del Nilo? Y si pasamos á los tiempos del Cristianismo, veremos aún mejor esto. Esta historia de Moisés nos deja conocer cuántos niños serian sin duda instrumentos aptos para la salvacion de muchos si hubiese quien, teniendo de ellos compasion, les educara en el santo temor de Dios desde sus tiernos años, y luego los encaminara en el seguimiento de su vocacion religiosa, que en muchos de ellos pronto se deja traslucir. Muchos son los ejemplos de hombres apostólicos que llenaron al mundo de asombro por sus virtudes y el cielo de santos por su celo de la gloria de Dios.

San Gregorio, por otro nombre llamado Hildebrando,

¿hubiese cambiado la faz de la Edad media con sus sabias reformas, en lo tocante principalmente á la Iglesia, á no estar animado de un gran celo por la gloria de Dios, que, segun leemos, mamó con la leche en los brazos de su piadosa madre? San Patricio, san Agustin (monje), misioneros celosísimos, ¿hubieran hecho de Inglaterra patria fecunda de santos si desde sus primeros años sus padres y maestros no hubiesen cuidado de infundirles el santo temor de Dios? ¡Ojalá fuese el tema de muchas madres lo que decia la madre de san Atanasio á su hijo: «Yo quiero hacer de mi hijo único un hombre de la Iglesia, con el auxilio del Señor.» Y fueron escuchados sus buenos deseos, pues el niño creció en edad, en sabiduría y gracia ante Dios y los hombres, y vino á ser con el tiempo una columna de la Iglesia de Jesucristo. Hechu-

ras de sus fervorosas madres fueron aquellos niños virginales, devotos de María, y despues santos, sabios y celosos ministros del Señor, como san Bernardino de Senna, san Juan Facundo, san Buenaventura, san Cayetano, san Felipe Benicio, san Andrés Avelino, santo Tomás de Villanueva y otros muchos. Nótese aquí de paso que, segun el dicho de un piadoso autor, «todos los hombres grandes y virtuosos han tenido madres virtuosas.»

Sobre otra cosa no menos interesante quiero llamar la atencion, y por cierto demasiado desconocida. Supuesta la santa educacion de muchos



RDO. P. DEPELCHIN, de la Compañía de Jesús, superior de la Mision del Alto-Zambese. (Pág. 389).

hijos, éstos, sin embargo, no pueden las más de las veces seguir la vocacion al estado de misioneros á donde Dios les llama. Son sus buenos padres pobres en haberes, no encuentran una mano generosa, y les es forzoso desistir de sus nobles y religiosos sentimientos. ¿Por qué, pues, no ha de haber personas cristianas que, pudiendo, suministren los medios para que estos aspirantes al apostolado puedan llenar sus deseos, haciéndose de este modo y en cierta manera tambien apóstoles de la verdad y del bien? Laméntanse nobles y plebeyos, ricos y pobres, y acaso los mismos que nos gobiernan, que todo desmerece. Y sin embargo no quieren echar mano de lo único que les puede salvar; cuando con menos Constituciones y leyes, con menos

soldados y policía, con menos contribuciones y dispendios, se remediarían muchos males si hubiera más misioneros que trabajasen en la reforma de las costumbres.

No hay que dudarlos; los misioneros sembraron en los pueblos antiguos y modernos, bárbaros y civilizados, la doctrina única salvadora en el tiempo y en la eternidad, y que es el fundamento de la sociedad en que vivimos. ¿Qué bienes no produjeron con sus tareas apostólicas un san Juan de la Cruz, un Vicente Ferrer, un Avila, un Granada y tantos otros que sería nunca acabar, á quienes el celo de la casa del Señor y el bien por la sociedad devoró hasta consumirlos en la mision más santa y benéfica de la vida? La mayor parte de las ilustraciones que figuran en las *Guías* de forasteros de Europa valen menos y no hacen en bien de la humanidad lo que hace uno solo de esos misioneros que surcan mares, recorren todas las regiones del mundo, y se lo dan todo á los pueblos incultos, religion, civilizacion, buenas costumbres, virtud, bienes, comodidad... ¿A qué empresas, pues, mejor que á las empresas del Evangelio podrá aportar el rico su limosna, el sabio su consejo y el bueno su virtud? ¿Habeis meditado alguna vez cuán grata es á Dios y beneficosa á la humanidad la limosna que llena de misioneros el mundo? Dios nuestro Señor encarnó, se hizo hombre, padeció y murió por la salud del hombre pecador. Hacedos, pues, vosotros tambien, con vuestras limosnas, cooperadores de esta misma Redencion.

Efectivamente; con esta limosna se hacen muchas á la vez. El misionero que habréis formado con vuestras obras de caridad, un día con todas sus entrañas se compadecerá del doliente postrado en una cama; le abrazará, le hará compañía, le alentará á que sufra con resignacion la voluntad de Dios; él consolará al triste, visitará al que yace despreciado entre grillos; él instruirá al ignorante en el camino del cielo; él, en fin, como árbol grandioso que extiende sus ramas al Oriente y al Occidente, al Norte y al Sur, difundirá á todas partes los ardores de su celo, y morirá en pró de la humanidad. Es, por tanto, muy cierto que con dicha limosna se hacen á la vez muchas obras de caridad, y que la limosna que hace misioneros es la limosna de las limosnas.

Por otra parte, ¿qué consuelo el de una persona al pensar que Dios se ha valido de ella para la salvacion de tantísimas y tan infelices gentes!... Ella puede decir con toda la efusion de su corazon: «¡Ese misionero es hechura mia! Yo sé que ahora contribuyo tambien á la salvacion de muchos...» Además, el alma del misionero será un alma agradecida que con oraciones y todo vivirá para su bienhechor. ¿No ha de rogar siempre para que Dios le colme de prosperidades en este mundo y en el otro? El mismo que esto escribe bendice, alaba y encomienda á Dios todos los días al que con sus limosnas le puso en estado de misionero, en el que con tanto gozo de mi alma vivo y espero morir.

Sed, por tanto, os ruego de lo íntimo de mi alma, generosos con estos jovencitos de que hay planteles para misioneros en Segovia, Barbastro y Vich de España, y en Thuir de Francia, y en otras partes del mundo, como en Africa y en América. Favorecedles, abridles camino con que puedan secundar sus nobles y santas empresas; que Dios y los hombres, y sobre todo Dios, os lo premiará en esta vida y en la eterna. —J. J. M.

ALTO-ZAMBESE.

Carta del P. Depelchin, de la Compañía de Jesús, superior de la Mision del Alto-Zambese.

Del diario de viaje del P. Depelchin extractamos esta descripcion de las cataratas Victoria. El intrépido religioso, cuyas conmovedoras cartas han leído con tanto interés nuestros lectores, es el primer misionero católico que haya entrado en estos países, ilustrados por Livingstone.



En el silencio de la noche se oye el ruido de la catarata Victoria, *Mosia-Tunya*, de la que nos separan tres leguas. La mañana es soberbia. Causanos vivo contento el pensar que al cabo de pocas horas estaremos ante uno de los más maravillosos é imponentes espectáculos de la naturaleza africana. Al salir del bosquecillo de *mapanis* donde hemos pasado la noche, vemos en el horizonte una triple nube formada por el vapor de la catarata. El sol se levanta, y esta triple columna cambia á cada momento de color. Primero se nos aparece con un tinte violeta que se transforma en un bello verde pálido, y á medida que adelantamos toma insensiblemente el tinte plomizo de las nubes. Así que llegamos á la cumbre de las colinas que dominan el Zambese el sol parece de repente sumergirse en el vapor, y tenemos ante nosotros como una imagen de la Transfiguracion del Tabor.

Desde el montecillo en que descansamos un momento, las ondas del rio, antes de la caida, lucen á los rayos del sol como un brillante espejo; luego desaparece este esplendor, y ya no se ve más que un rastro de vapor que se extiende en una longitud de cerca dos kilómetros. El ruido sordo y continuo de las aguas me recuerda el espantoso rumor que oí varias veces en la India durante la tormenta de un ciclón. Este primer golpe de vista excita vivamente nuestra curiosidad, y apresuramos la marcha á fin de observar de más cerca esta grande maravilla de la naturaleza. (V. el grabado de la pág. 392).

Una cosa me asombra, y es que al acercarse uno á las orillas del Zambese, espera entrar en magníficos bosques tales como se les encuentra á lo largo de los rios que descienden de los montes Himalaya. ¡Ay! no hay nada de esto. Continuamente pisamos un suelo pedregoso y árido, cubierto de cardos y espinos y de arbustos desmedrados. Desde Pandamatenka hasta la catarata tiene el camino 60 millas, y en todo este trayecto sólo hemos encontrado cuatro tristes flores sin perfume y sin belleza.

Después de establecer nuestro campamento á 300 pasos más arriba de la catarata, fuimos á saludar por primera vez al *Vapor Tonante*, siguiendo la orilla izquierda, cuyo verdor contrasta singularmente con el desierto vecino.

Su cauce tiene aquí una anchura de más de un kilómetro, y está salpicado de islotes que presentan magnífico golpe de vista. En estas islas la vegetacion es verdaderamente exuberante. La mayor, que precede á la catarata, es conocida con el nombre de *Garden Island*, la isla del jardín. Vense en ella hermosas higueras, preciosos aloes y vigorosas palmeras, cuyas ricas coronas de verdor se elevan á 60 piés. Livingstone la habitó algunos meses, viviendo entre cocodrilos é hipopótamos, que durante la noche salian del rio y venian á recrearse en la isla ó á alimentarse con los productos de su jardín.

La planicie en que en este momento nos encontramos

está al nivel del río: más acá de la catarata, á nuestros piés, hay un abismo formado por dos murallas de peñas perpendiculares, que descienden á más de 600 piés de profundidad. Al contemplar esta sima, involuntariamente sobrecoje al viajero un sentimiento de terror.

Ante este espectáculo el hombre queda asombrado y adora en silencio. Situados frente de la catarata, vemos á lo lejos adelantarse directamente hácia nosotros la masa de agua del Zambese, que desciende lenta y majestuosamente. Luego, encontrando á su paso una grande isla, el río se divide en dos, y dirige parte de sus aguas hácia nosotros por un canal de 30 metros de anchura. A medida que la masa se acerca al abismo, precipitase con más fuerza, y de repente, de una manera brusca, cae perpendicularmente con espantoso estrépito. Al caer en los bordes del precipicio las aguas tienen un color verdoso, que se convierte súbitamente en olas de espuma más blanca que la nieve. La vista atónita sigue esta masa hasta la profundidad de 600 piés. Parte de la espuma, arrebatada por el viento, que sopla siempre con violencia, se eleva en vapor y forma sobre la catarata una nube perpetua, que se extiende en lluvia fina y fecunda sobre la inmediata llanura. El resto de las aguas corre mugiendo entre dos enormes murallas de peñas y parece un pequeño torrente. La profundidad del abismo le da esta apariencia, pues puede tener 20 metros de ancho y tal vez otro tanto de profundidad. Sobre la planicie que da frente á esta gigantesca caída de agua admírase un magnífico bosque: constantemente regado por una lluvia suave, produce árboles que se elevan á más de cien piés de altura. ¡Qué vigor de vegetación! Plantas trepadoras, gruesas como cables de buque, corren de uno á otro árbol y de rama en rama, formando inmensas cunas de verdor en que los monos vienen á ejecutar sus ejercicios gimnásticos. Encuétranse allí la palmera, el sicomoro, el ebenuz y multitud de plantas que los botánicos han venido ya á explorar. Como en todos los bosques vírgenes, hay árboles seculares derribados por la tempestad y tendidos unos sobre otros, que continúan creciendo, elevando sus ramas perpendicularmente al tronco, y produciendo una serie de arbustos de un nuevo género.

Antes de abandonar el bosque queremos admirar otro punto de vista de la catarata. Seguimos el borde del precipicio, y llegamos en breve frente á una segunda caída de agua próxima á la isla de que hemos hablado. Ante nosotros tenemos aquí otra parte del río, que puede tener 200 metros de anchura. Una vez más vemos esta inmensa sabana de agua, que desde la planicie opuesta se adelanta hácia nosotros con majestad, y luego, llegado al borde del peñasco, cae bruscamente en la profunda sima.

Volvamos ahora al punto en que hemos empezado la visita de la catarata. Allí, dando una ojeada atrás hácia el Este, somos testigos de un fenómeno que nunca se borrará de nuestra memoria. Tres arco iris brillantísimos se despliegan ante nosotros: el uno luce una aureola en torno del grupo de los viajeros, y va á perderse á cuatro pasos de nosotros en el suelo húmedo del bosque. El segundo instala sus vívidos colores entre los dos muros que forman el abismo, y esparce sus resplandores sobre el curso del río en el fondo del precipicio. Por último, el tercero, más completo y hermoso, resplandece en se-

micírculo en la nube de vapor suspendida sobre la catarata Victoria, y parece coronar de gloria esta obra de la omnipotencia divina. Aún no hemos visto sino parte de esta maravilla de la naturaleza: asombrados de tanta magnificencia, nos retiramos exclamando desde lo íntimo de nuestra alma: «¡Oh Señor, Dios omnipotente, cuán grandes y admirables son vuestras obras!»

... Cuando uno se encuentra muy fatigado, como lo estamos nosotros, pasa muy bien la noche y descansa perfectamente. En nuestro vivac, acostados en un lecho de hierbas, y no teniendo otro techo que la estrellada bóveda de los cielos, respiramos un aire puro y nos entregamos al sueño apaciblemente al ruido sordo y continuo de las aguas.

Al despertar nos sentimos en disposición de emprender nuevas excursiones. Celebramos primero la santa Misa á la sombra de un bello sicomoro, y tomamos de nuevo el camino de la catarata, siguiendo una vez más la orilla derecha del río.

Cerca del primer salto de agua que hemos descrito, una pendiente suave y cubierta de bosque conduce hasta el fondo del precipicio, precisamente cerca del abismo que corta el lecho del río en toda su anchura y determina la catarata.

Para tener una idea más exacta de la profundidad del salto de agua, desciendo agarrándome á las malezas y raíces, y despues de haber andado 300 piés llego al borde del precipicio: no habia medio de dar un paso más. Allí, en pié y sosteniéndome con una rama de arbusto, estoy como suspendido encima del abismo. Con objeto de calcular aproximadamente su profundidad, lanzo una piedra y la sigo con la vista; observo bien: la piedra cae, cae siempre, y parece no llegar hasta el agua. Por el pronto, renuncio á sondear el abismo, y subo la pendiente para reunirme con mis compañeros.

Por desdicha falta el sendero, y ya no encuentro á mis hermanos. Metido entre aquellas malezas, era inútil dar voces y llamar.

Tras un momento de espera, trazo mi plan y me decido á continuar solo mis observaciones. Salgo, pues, de este bosque húmedo y me dirijo hácia el lecho del Zambese, á media legua más abajo, para remontar en seguida su curso. Despues de más de un cuarto de hora de marcha por un terreno pedregoso y descubierto, llego á orillas del río, que está encajonado en el abismo entre dos muros de peñascos enteramente perpendiculares. Nadie se aproxima á este precipicio sino temblando, pues aquí no hay ningún árbol que pueda servir de apoyo. Mi buena fortuna me habia conducido al punto donde el río se vuelve bruscamente formando un ángulo de 15 grados. ¡Qué espectáculo! Si sigo con la vista el curso de las aguas, veo el Zambese en un estrecho canal precipitarse hácia mí con furor, é irritarse locamente contra las paredes del conducto que le encierra, y luego, batiendo la invencible barrera que le contiene á mis piés, replégase sobre sí mismo como una serpiente, y huye deslizándose entre dos muros de peñas, siempre con el mismo furor y formando un ángulo agudo de los más regulares. Apenas ha recorrido medio kilómetro, una vez más vuelve bruscamente sobre sí mismo, describiendo así una serie de zig-zags de varias leguas de extension. El peñasco de la esquina que hace ángulo á la vuelta del

rio, está compuesto de cinco capas superpuestas muy distintas, elevándose en pisos que tienen cada uno más de 100 pies de altura.

Remonto el río siguiendo la orilla derecha, y á cada instante me detengo para admirar las ricas decoraciones de verdor que corren á lo largo de estas peñas y contrastan singularmente con los zarzales áridos y secos de la planicie. Por último, despues de cruzar un riachuelo que corre en un terreno hondo, subo la cuesta contraria, y me encuentro súbitamente ante el espectáculo más grandioso que ví en mi vida. En pié sobre una pequeña eminencia, abrazo de un solo golpe de vista todo el abismo de la catarata que corta el lecho del río y se extiende á derecha é izquierda en una extension de más de un kilómetro, y en aquel precipicio cae con estrépito la masa de las aguas del Zambese. Ayer creí contemplar la parte más hermosa de la catarata Victoria, y véome ahora en presencia de una escena que desafía toda descripción. Caen en verdad los mismos riachuelos de espuma; resuena el mismo ruido semejante al de la tempestad; elévanse en los aires las mismas columnas de vapor, y resplandecen en todas partes los mismos arcos iris que glorifican la obra de Dios; mas todos esos esplendores parecen diez veces más grandes. El torrente que corre del extremo de la catarata á la izquierda, y el que en el mismo precipicio llega á la derecha, reúnen en un cáuce en el centro, donde las olas se encuentran, se chocan y rompen con horroroso estrépito é inmenso torbellino. La masa de las aguas del Zambese así concentradas se precipitan entonces con fuerza hácia dos peñascos gigantescos que, acercándose uno á otro, forman un verdadero embudo por el que pasan todas las aguas del río, estrechándose en el angosto lecho que hemos seguido y descrito. En presencia de esta asombrosa maravilla de la naturaleza, temblando de emoción, no puedo hacer otra cosa, en mi impotencia para pintarla, sino exclamar con los santos Angeles del cielo: *Gloria in excelsis Deo!* ¡Gloria á Dios en lo más alto de los cielos! El me ha concedido el contemplar una de sus obras más bellas!

Carta del H. Desadleer, de la Compañía de Jesús.

Gubulawayo, 15 de Octubre de 1881.



RAS no pocas aventuras y contrariedades de todo género, despues de seis largos meses de ausencia y de haber perdido en el camino á los excelentes PP. Wehl y Law, gracias á Dios hemos vuelto felizmente á Gubulawayo, el H. Hedley y yo, el 1.º de Octubre. En mis anteriores cartas he referido parte de las desdichas que han afligido á los misioneros del país de Umzila, y hoy daré una breve relacion de lo que nos ha acontecido desde el 11 de Enero último, en que el H. Hedley se nos unió en Umgan, junto á nuestro encontrado vagon.

En Enero estábamos en plena estacion de lluvias, y por lo mismo era imposible salir de Umgan, y no habia más remedio que esperar el retorno de estacion más propicia. Por buena suerte este *kraal* es bastante sano, y en sus cercanías se encuentra abundante caza, pero no podíamos vivir únicamente de ésta, y las provisiones del vehículo se fueron agotando rápidamente durante los

meses de Febrero, Marzo y Abril. Las telas y cobertores tocaban á su fin, y como estos tejidos sirven aquí de moneda, era cada vez más difícil comprar, en los *kraales* vecinos, el maíz, el mijo, la leche, etc., de que teníamos necesidad.

A principios de Abril, cuando las lluvias tocaban á su fin, nos fué absolutamente preciso tomar una resolución. Nos era imposible volver á Gubulawayo sin pagar previamente al jefe Umzila lo que le debíamos por los servicios que nos habia prestado; empero no teníamos ya telas, y no podíamos darle el vagon y los bueyes so pena de volver á pié al país de los matabeles. El P. Wehl estaba indeciso: ora trataba de ir á pié á Gubulawayo, ora queria dirigirse con el vehículo á Sofala, en la costa portuguesa. Ambos partidos eran igualmente impracticables. Por lo demás, desde su extravío en los bosques y las cuatro semanas que pasó allí de forzosa abstinencia, tenia frecuentes ataques de fiebre, acompañados de transportes cerebrales, y caía en un estado de completa prostracion.

En tales circunstancias creí de mi deber asumir la responsabilidad de las medidas que convenia tomar, y anuncié al Padre que estaba yo decidido á partir solo con dos guías para Sofala, y que en esto seguia las instrucciones que nos habia dado el P. Law antes de morir.

Mi plan consistia en comprar en dicho punto las telas y otros objetos destinados á pagar á Umzila, y al mismo tiempo los víveres que nos eran indispensables; traer esas provisiones al vagon por medio de bagajeros; saldar en seguida nuestras cuentas con el rey, y regresar entonces con el coche á Gubulawayo.

Para realizar este proyecto teníamos felizmente en nuestro poder algun dinero inglés. Nuestro superior el P. Law habia traído del punto últimamente indicado 60 libras esterlinas en oro: tuvo que comprar algunos objetos á los cazadores ingleses, y cuando murió le quedaban todavía 48 libras (1,200 pesetas), que el H. Hedley habia cuidadosamente guardado, no sin dificultad en ciertas ocasiones.

Provisto de esta suma y conducido por cafres, resolví partir para Sofala el lunes 18 de Abril de 1881, segundo día de Pascua. A última hora el P. Wehl se decidió á acompañarme: hícele presente que tan largo viaje á pié á través de los montes é inmensos pantanos le seria peligrosísimo. Nada quiso escuchar, y tras retardo de un día partimos juntos en la mañana del 19 de Abril, dejando el H. Hedley para custodiar nuestros objetos.

Soportamos bastante bien el viaje por el pronto á pesar del cansancio y de la fiebre; pero siendo cada vez más fuerte el calor, nos vimos obligados á andar algunos días con mucha lentitud. La salud del P. Wehl me inspiraba serios temores. Desde el jueves 6 de Mayo este buen Padre tuvo repetidos accesos de fiebre: á cada momento arengaba á los salvajes en alemán, en latín y en portugués. Cierta día quiso separarse de nosotros y cruzar solo un vasto pantano: pretendia que no conocíamos el camino y que andábamos extraviados. Me ví obligado á sacarle por fuerza de aquel lodazal. Desde este momento el pobre Padre me consideró como su enemigo.

Entre tanto nos acercábamos á Sofala. Los días siguientes el P. Wehl rehusó todo alimento y se vió en breve reducido á un estado de extrema debilidad. En-

contrámos por el camino dos muleteros portugueses, y con ellos entrámos el 8 de Mayo á las seis de la tarde en la ciudad ó más bien dicho pueblo de Sofala.

Los habitantes, sabedores ya de nuestra aproximacion, nos recibieron como ángeles descendidos del cielo, y nos condujeron á la casa del magistrado, donde tuvimos el consuelo de encontrar un sacerdote portugués que reside ordinariamente en Chiloane, y que se encontraba á la sazón de paso en el pueblo, al que acude regularmente todos los años después de las fiestas de Pascua.

El capitán D. Manuel de Almeida Coeche, comandante del fuerte, vino á encontrarnos y tuvo para nosotros todas las atenciones posibles, y viendo el triste estado del Padre Wehl quiso hospedarnos en su propia casa y nos trató como sus mejores amigos. El capitán hablaba algo el francés y pude conversar fácilmente con él.

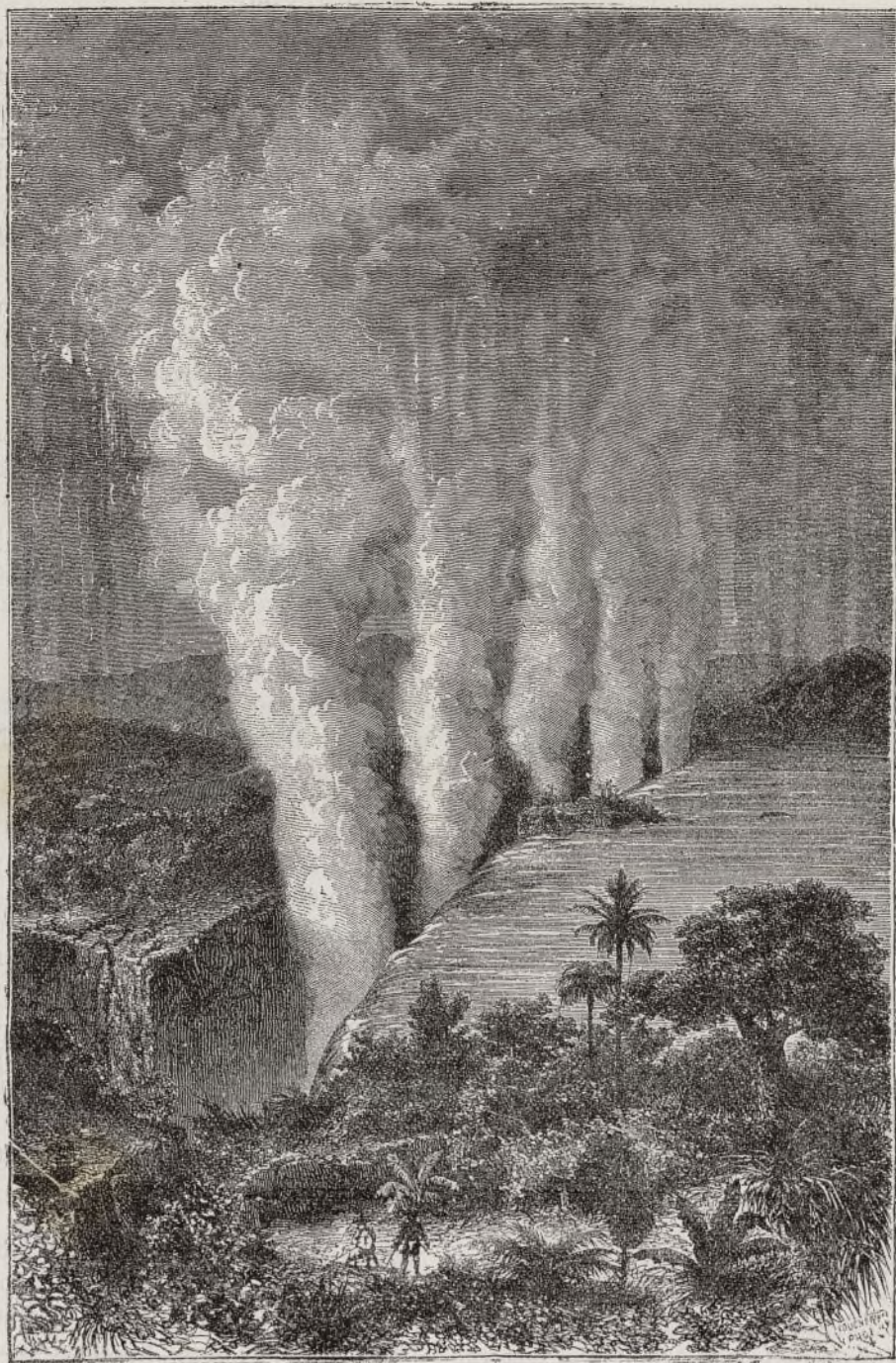
La noche siguiente nuestro Padre fué atacado de un violento delirio; mezclaba incoherentemente voces alemanas, latinas y matabeles, y el capitán comprendió desde luego que nuestro querido misionero se encontraba gravísimo y que probablemente sucumbiría.

El lunes 9 de Mayo el enfermo sufría muchísimo, pero á la tarde experimentó mejoría, pasó bien la noche, y á la mañana quiso rezar el breviario y venir conmigo á casa del comerciante portugués para hacer nuestras com-

pras. El Sr. Almeida dignóse acompañarnos y prestarnos cuantos servicios le fueron posibles.

Mientras estábamos en esto al P. Wehl le acometió un fuerte síncope que le duró más de una hora. Cuando recobró los sentidos le condujimos á casa del capitán, quien le prodigó todos los cuidados de la caridad más afectuosa é inteligente. El martes tuvo una ligera mejoría, pero persistió la fiebre, acompañada de excesivas

transpiraciones y de delirio. El día 12, viendo que el peligro era inminente, llamámos al sacerdote portugués que residía en casa del magistrado, quien acudió al momento, mas entre tanto le sobrevino al enfermo un nuevo síncope que no nos dejó esperanza alguna. El sacerdote dió al moribundo la absolucion y el sacramento de la Extremauncion, y á las cuatro de la tarde nuestro querido Padre exhaló el postrer suspiro, mientras que nosotros rezábamos las oraciones de los agonizantes al pié de su lecho. Contaba apenas 43 años, pero desde mucho tiempo habia hecho generosamente á Dios el sacrificio de su vi-



ALTO-ZAMBESE (*Africa austral*). — Cataratas Victoria. (Pág. 389).

da para la salvacion de los cafres del Africa austral.

Ocupámonos en seguida en tributar los últimos deberes al malogrado misionero. El capitán Almeida quiso que fuesen sus funerales todo lo solemnes posible, y la Mision del Zambese debe la más viva gratitud á este excelente oficial por todo lo que hizo en tan penosas circunstancias.

El Sr. Almeida dió las oportunas órdenes para que la inhumacion tuviese lugar el día siguiente: bajo este clima tropical sólo pueden conservarse breves horas los despojos de los difuntos.

El viernes 13 de Mayo depuse piadosamente el cadáver en el hermoso ataúd que mandó hacer el capitán, y á las dos de la tarde el sacerdote portugués, acompañado de sus acólitos y de toda la poblacion, así católicos como protestantes y paganos, vino solemnemente á buscar el cuerpo; recitó las oraciones litúrgicas segun el Ritual romano, y la guarnicion del fuerte, compuesta de cincuenta hombres, hizo salvas de mosquetería en honor del misionero.

Dirigímonos en séguida al cementerio católico, situado muy próximo al pueblo, y el expresado capitán quiso por sí mismo presidir el duelo. Esta solemnidad produjo extraordinaria impresion entre los habitantes de Sofala.

No podemos menos de atestiguar nuestra gratitud para con las Autoridades portuguesas, que nos manifestaron tantas simpatías y nos dieron tan generosa hospitalidad. El Sr. Almeida ha dado orden para que se construya un monumento sobre el sepulcro del P. Wehl.

Para colmo de delicadeza de parte de los buenos habitantes de Sofala, cuando más tarde pedí al sacerdote y á sus acólitos, al carpintero que hizo el ataúd, al sepulturero y á los otros empleados, la cuenta de lo que les debia por sus servicios, ninguno quiso recibir la más pequeña gratificacion.

—Nos consideramos muy honrados, decian, con haber podido tributar un homenaje á los misioneros, y sentimos no hacer todavía más por ellos.

Asimismo cuando á mi partida quise indemnizar al capitán de los gastos que le habíamos ocasionado, aquel cumplido caballero rehusó resueltamente toda proposicion de este género, y me dijo que en lo sucesivo, cuando nuestros Padres y Hermanos llegasen á Sofala, su casa estaria siempre á su disposicion.

—Tratándoos así no hago más que cumplir con mi deber. Vosotros sois cristianos y por consiguiente hermanos míos; sois misioneros y no negociantes, y no venís aquí para ganar dinero, sino para salvar almas.

La poblacion me pareció muy bien dispuesta, y observó el mayor respeto con las ceremonias del culto. Por desgracia carece de instruccion religiosa. El sacerdote, que reside en Chiloane, acude allí cada año sólo algunos días para conferir el sacramento del Bautismo, el del Matrimonio, etc. Como no hay iglesia, se ve obligado á celebrar la santa Misa en una casa particular.

Por lo demás, Sofala es una colonia muy miserable. Contiene próximamente 200 casas y 1,000 habitantes: á excepcion de cinco ó seis familias, todas las demás me parecieron sumamente pobres, hasta el punto de carecer de las cosas más necesarias: se sustentan con arroz, mijo y pescado. Sólo vi unos 20 blancos; los demás son tan negros como los cafres, aun los mestizos portugueses, pero tienen mayor grado de cultura. Visten todos pantalón blanco, capa y sombrero del mismo color, y van descalzos. Este miserable estado de la colonia procede de que su situacion es muy poco favorable para el comercio bajo todos respectos. Las aguas del mar son muy bajas y el puerto está casi obstruido por los bancos de arena y las barras que hay á su entrada. Los buques eu-

ropeos de mucho calado no pueden abordar allí, y el comercio se hace por pequeños barcos que vienen de Chiloane y de Inhambane, no recibiendo noticias de Europa sino tres ó cuatro veces al año. El terreno es bajo, pantanoso y casi siempre inundado, lo que es causa de fiebres palúdicas y epidemias de las que son especialmente víctimas los europeos. El año último, casi toda la expedicion del capitán Phipson Wybrants, que queria entrar en el interior del Africa por la parte de Sofala, sucumbió al cabo de algunas semanas de permanencia á orillas de la Sabia.

Tan luego como terminaron los funerales del querido P. Wehl, empleé algunos días en completar las provisiones y arreglar todos mis asuntos. Contraté diez cafres para que condujeran en hombros los bagajes. Los negros me daban prisa para que partiese, diciéndome que si permanecia por más tiempo en Sofala, seria tambien atacado por la fiebre, y sucumbiria á ella como mi compañero.

Por fin el jueves 19 de Mayo, terminados mis preparativos, despedí de nuestros amigos, y una vez más di afectuosas gracias al excelente capitán D. Manuel de Almeida Coecho. Como recuerdo del P. Wehl, le regalé la reliquia de san Francisco Javier que perteneció al venerable difunto; ofrecí su breviario al sacerdote portugués, quien lo recibió con vivo reconocimiento, y al alcalde de Sofala le di el crucifijo del Padre. Saludé por última vez á nuestros generosos huéspedes, y en la mañana del indicado día partí para volver á Umgan con mis guías y bagajeros.

Apresurámos el paso cuanto nos fué posible. Tenia prisa para encontrar al H. Hedley y reunirme en su compañía con nuestros Padres de Gubulawayo. En quince días terminé el viaje, y el miércoles 8 de Junio llegué sano y salvo á Umgan con mi convoy de mercancías.

El H. Wehl quedó sorprendido al verme solo.

—¿En dónde está el P. Wehl? me dijo.

—¡En el cielo! le respondí.

Acto continuo referile los pormenores de nuestro viaje, la enfermedad y los últimos momentos del Padre, sus funerales y su sepultura en Sofala. Juntos rezámos un *De profundis* por el descanso de su alma, y luego nos encomendámos á Dios á fin de que nos concediese salud, prudencia y valor, tan indispensables para arrostrar los peligros del camino.

El día siguiente escogimos los objetos que debian entregarse en recompensa á Umzila. El *induna* de Umgan se encargó de llevarlo todo al rey, y pedirle algunos hombres á fin de acompañarnos y protegernos hasta las fronteras de los matabeles. Al mismo tiempo participámos á Umzila que habíamos decidido partir de Umgan á fines de Julio á fin de llegar á Gubulawayo antes de la estacion de las lluvias.

El *induna* empleó más de un mes en el trayecto de ida y vuelta desde Umgan al *kraal* del jefe. El domingo 24 de Julio, llegó trayéndonos la contestacion de Umzila. El rey nos mandaba decir que estaba satisfecho de los objetos que le dábamos en recompensa, pero que sentia mucho no poder enviarnos inmediatamente la escolta pedida por estar todos sus hombres ocupados en expediciones militares, y nos suplicaba que aguardásemos algunos días más.

—Estamos resueltos á partir, contesté al *induna*: de antemano os advertí de nuestra resolucíon y la hice comunicar á vuestro jefe Umzila. Si nos acontece algun percance en el camino, el mismo rey será responsable.

Desde este momento lo preparámos todo para la partida.

El jueves 28 de Julio salimos de Umgan, en donde habíamos permanecido más de un año. Éramos cuatro hombres, y el vagon iba tirado por quince bueyes. Con el corazon lleno de esperanza emprendimos resueltamente la marcha.

Los bueyes cruzaron admirablemente inmensos pedregales, y gracias al cielo tuvimos mucha caza, de suerte que nada nos faltó en los primeros dias. Uno de los guías mató un búfalo y un hipopótamo, y yo derribé algunas cebras, *qwagas*, antílopes y un rinoceronte blanco. Este último es cada dia más raro, y el Gobierno inglés ha prometido 250,000 pesetas á quien conduzca uno vivo á Europa.

Por una disposición especial de la divina Providencia, las tribus de los maschonas, tan hostiles el año último, parecían competir en rodearnos de atenciones. De uno á otro *kraal* venían á ofrecérsenos para ayudarnos á facilitar el camino.

Por último el 1.º de Octubre hicimos nuestra entrada solemne en la querida residencia de Gubulawayo.

¡Cómo describiros la acogida que nos han hecho estos excelentes Padres! ¡Cuán felices nos considerábamos unos y otros al volver á vernos despues de tantas inquietudes y sacrificios! En estos momentos siéntese de un modo especial la dicha de ser sostenido, ayudado y consolado por compañeros llenos de caridad y abnegación.

EN EL CAIRO Y ALEJANDRÍA.

Como actualmente todo lo que de cerca ó de lejos se refiere á Egipto tiene el privilegio de llamar la atención, nos apresuramos á publicar la siguiente carta que nos ha dirigido el P. Jullien, rector del colegio de la Sagrada Familia en el Cairo. Es un cuadro al vivo del aspecto que presentaban Alejandría y el Cairo en el momento en que lord Seymour iba á ordenar el primer acto de hostilidad.

MARTES, 4 de Julio de 1882.—Por la mañana visito á un alto funcionario francés: su antecámara está llena de maletas; no obstante, aparenta estar tranquilo.

—Recibo, me dice, cartas y más cartas de Alejandría que me tratan de temerario; pero el temor de los demás no se me pega cuando no veo motivo para él. No comprendo este pánico universal de los europeos, que les rebaja sobremanera en la consideración de los indígenas.

—¿Cómo se explica, pues, le repliqué, que personas juiciosas hayan huido en masa?

—¿Cómo se explica esto?... ¿No sabe vuestra reverencia que se ha ejercido influencia y aun presión? Sí, añadió con tono conmovido y violento, existe en Alejandría una Junta del miedo; y en su día tendrán que dar terrible cuenta aquellos que, á fin de contrariar al Gobierno, no han vacilado siquiera en arruinar por el miedo á tantas familias.

Llegada la noche entré en la *Fonda Real* para estrechar la mano á su propietario y director el excelente Sr. Ro-

man. En circunstancias como las presentes, la visita de un compatriota dilata el corazon. Le encuentro hablando con un jóven, que se retira á mi aproximación.

—Este caballero, me dice, es un empleado inglés que come en mi fonda, y acaba de anunciarme que ha recibido de su cónsul, lo mismo que otros cuarenta y seis ingleses residentes en el Cairo, órden terminante de partir esta misma noche.

Miércoles, 5.—Por la mañana uno de nuestros fieles amigos, el Sr. Bombaud, secretario de la Sección de los canales del Nilo en el Ministerio de Obras públicas, viene á referirnos que su jefe de sección Sr. Dupor, inglés, ha partido esta noche sin prevenir siquiera á su ministro.

—Conozco el espíritu tranquilo y reflexivo de este señor, y por lo tanto su partida es para mí un indicio de la mayor gravedad. El Sr. Dupor debía partir el 15 de Julio: sin embargo, me habia dicho que si el bombardeo habia de tener lugar más pronto, seria avisado la víspera, y entonces no tendria otro remedio que huir.

Se sabe que el Sr. Fit-Gerald, director de la contabilidad general, ha partido con la misma precipitación. Un Gobierno que obliga á semejantes hombres á renunciar inmediatamente á empleos tan importantes, sin duda tiene razones de primer órden y la seguridad de que tomará más de lo que abandona.

Juntos discutimos acerca de la conveniencia de hacer partir desde luego los seminaristas para Berito: comprendemos que se acerca el momento decisivo, y que tienen que partir luego ó no partirán nunca, pues van á ser cortadas las comunicaciones. Tomamos consejo del Ilmo. Marcos, visitador apostólico de los coptos, que es para nuestro seminario casi como el obispo diocesano, y se inclina mucho, como nuestros Padres, á que les conservemos aquí.

Jueves, 6.—Las malas noticias de los dias precedentes se confirman. Tenemos por la mañana un último consejo, y queda decidido por unanimidad que los PP. Andrés y Nourrit se embarcarían para Berito con el vapor austriaco el dia siguiente: respecto al P. Leautier, para quien no sin trabajo se obtuvo un pasaporte del cónsul de Alejandría, compendiando á nuestros seminaristas, como discípulos de Berito en vacaciones, partiría tambien, mas permaneciendo en Alejandría á fin de que si los acontecimientos nos aconsejan imperiosamente á enviar los seminaristas á Berito, y que esto sea aún posible, pueda á favor de su pasaporte acompañarles con el buque francés de la semana siguiente.

A las once reuno en mi aposento á los once discípulos externos que hay en la casa, les anuncio que las vacaciones empiezan desde hoy, y me despido de ellos, dando á cada uno un libro como premio de fidelidad. Los Padres profesores les indican en seguida los deberes de vacaciones.

Los Padres se despiden por la noche de los seminaristas.

Yo me decido á acompañar á mis hermanos hasta Alejandría, á fin de procurarme allí metálico, lo que es imposible en el Cairo, donde están cerrados todos los Bancos. A las nueve partimos en coche para la estación. ¡Qué triste es esto! Parejas de soldados están de centinela en todas las esquinas. Los transeúntes nos miran, y nos siguen largo tiempo con la vista sin decir palabra.

Un grupo nos ha evidentemente reconocido. Uno de los Padres me hace esta reflexión:

—Va á decirse en la ciudad que vos habeis huido, y esto causará mala impresión.

—Restableceré la verdad mañana por la noche á mi regreso.

En la grande avenida de la estación, por lo comun tan animada, no oimos ni un grito: los indígenas circulan silenciosos ó fuman cerca de los cafés. A cada cien pasos encontramos una patrulla de cuatro ó cinco soldados cubiertos con grandes capotes azules. El coche del correo pasa á todo escape, seguido de un dragon al galope y de un coche de fonda con un dragon á la portezuela. En la estación los cocheros no disputan, toman sin decir nada lo que se les ofrece. Hay muchos viajeros, que llenan unos veinte vagones; pero no se oye una palabra; parece un convoy fúnebre.

Viernes, 7.—Alejandria está más agitada que el Cairo; los vehículos se cruzan en todos sentidos con febril desorden; todo el mundo tiene prisa; en todas partes se ven soldados; pocos almacenes están abiertos; hay líneas enteras de casas con puertas y ventanas cerradas.

A las ocho y media voy al *Crédito lyonnais*; cada empleado está en su escritorio: vuelvo de allí á las nueve y media: todos los empleados amontonan los papeles en cajones, pues antes de anoecer ha de ser todo transportado á bordo de un buque que la Sociedad ha alquilado al precio de 1,000 pesetas al día. Acaba de saberse que los acorazados ingleses toman posiciones de combate. El almirante Seymour prometió avisar á los cónsules veinticuatro horas antes de romper el fuego, y ha cumplido su promesa. Al momento voy á avisar á nuestros Padres de la residencia de Alejandria; quienes con dificultad pueden dar crédito á mis noticias.

—Cada semana, dicen, se renueva así el pánico, sin que suceda nada nuevo.

Invito al Superior á que venga conmigo al Consulado. El cónsul general ha salido, y el local nos recibe en pie en medio de más de cincuenta personas: hace poner los archivos en maletas.

—El ataque es realmente inminente, nos dice; tal vez tenga lugar mañana temprano, y he de embarcarme esta noche.

Vamos á prevenir al Superior de los Lazaristas: nos dicen que acaba de recibir un aviso de la mayor gravedad del capellan del buque-almirante *Le Galissonière*, y que ha ido á nuestra casa para comunicárnoslo.

A las once voy á saludar al Ilmo. Chicaro, delegado apostólico del Egipto. Le digo que regreso al Cairo por la noche, en donde tal vez quedaremos encerrados algunas semanas, sin comunicacion con S. I. ni con Europa; que venia á pedirle su bendicion para el tiempo que durara el bloqueo, y le refiero lo que he visto y oido esta mañana. S. I. se ha visiblemente impresionado, pero sin asomo alguno de debilidad.

—Lo que me decís, reverendo Padre, es enteramente nuevo para mí: no se me ha prevenido de nada.

Le manifesté mi extrañeza: en el Consulado he visto al Padre franciscano, cura de la Iglesia-Grande, y oí decir que el cónsul se encargaría personalmente del señor Arzobispo.

Por la noche visito á un digno amigo, abogado fran-

cés muy reputado: todo el colegio de abogados habia huido, y quedaba solo con uno ó dos de sus colegas.

—No me turbará el miedo, me dice; es absolutamente preciso demostrar á los indígenas que entre los franceses hay todavía hombres de energía. Enviadme mañana del Cairo un librito con vuestro nombre y la fecha: este será mi premio de fidelidad.

Cerca de la Bolsa me llaman con voz fuerte, que atrae sobre mí todas las miradas de los agentes de policía.

—Padre, parto mañana para el Líbano; ¿hago bien? En el Crédito rentístico se nos ha pagado un mes adelantado y se nos deja libres. Rogad por mí. Y vos ¿qué haceis?

—Regreso esta noche al Cairo.

Mi jóven palidece, y levantando los brazos al cielo exclama:

—¿Es posible? ¿lo pensais bien?

Cerca del hospital veo detenida una larga hilera de coches, en los que las Hermanas de san Vicente de Paul hacen subir á sus niñas. La Superiora se me acerca con aire triste, y me dice:

—Estas son, Padre mio, las niñas acogidas: los cónsules exigen que embarquemos todas las que estén algo válidas, lo mismo que las Religiosas que no sean indispensables para el servicio de los enfermos.

En esto viene el Padre Superior de los Lazaristas, quien permanecerá solo en el hospital y hará partir los tres ó cuatro compañeros que quedan en Alejandria, en uno de los buques estacionados en el puerto. Me dice que el P. Duret, de las Misiones africanas de Lyon, ha quedado solo en Tantah: convenimos en que le telegrafiaré que venga por la noche á la estación al pasar el tren, y le haré una comision de dicho Padre Superior, comunicándole además las noticias del día.

Nuestros Padres de la residencia de Alejandria, que han tenido tiempo de ponerse al corriente de todo, no están por esto turbados, y continúan activando los doce ó quince operarios que construyen su capilla. Un Hermano me refiere que le han ofrecido cuatro grandes tocinos por una libra esterlina. Sabiendo que con los árabes el primer precio nunca es el último, se ha atrevido á regatear, y ha obtenido los cuatro animales por 22 francos. Me muestra además diferentes objetos de mobiliario que han venido á venderle por precios sin proporcion con el valor. Aquí, como en el Cairo, encuéntranse en todas partes grandes vehículos cargados de muebles, que por cantidades irrisorias los árabes han comprado á los cristianos que huyen: en algunas plazas los revenden al por menor á los pobres del barrio.

Es la hora de partir el tren para el Cairo: en la estación no hay un solo europeo; los indígenas me miran pasar asombrados y respetuosos. En Tantah el P. Duret escucha mis noticias sin inmutarse, y me contesta alegremente:

—¿Qué importa? ¡Estoy aquí, y aquí me quedo!

A las once lleigo al colegio, y me dicen que un dependiente del Consulado ha venido á la una y media á presentar un aviso del cónsul del Cairo concebido en estos términos:

«El cónsul general de Francia en Alejandria acaba de avisar al cónsul francés en el Cairo, que los ingleses van á atacar inmediatamente aquella plaza.»

Un tren especial ha partido á las cuatro conduciendo el cónsul de Ismailia, entre Port-Said y Suez: casi todos los franceses han partido en el tren de la noche.

7 de Julio.—Acabo de saber que el Visitador apostólico de los coptos ha dicho á un Padre:

—He cambiado de parecer: podeis anunciar al Padre Superior que opino ahora por el traslado de los seminaristas á Berito.

A media noche, por lo tanto, reuno á mis compañeros á fin de tomar una resolucíon. En las condiciones en que se presenta esta guerra, Inglaterra se verá obligada á emplear los medios más extremos para el éxito de la empresa; pues ante Europa y las Indias, es para ella una cuestíon de vida ó muerte: los legítimos recelos de las otras potencias pueden crearle serias dificultades, y por consiguiente hay que prevenirse para una guerra de larga duracíon.

Después de suplicar fervorosamente á san Ignacio, á la santa Familia y al sagrado Corazón de Jesús que nos iluminasen, decidimos que los seminaristas partiesen para Alejandria en el tren de las seis de la mañana, acompañados de nuestros dos domésticos siríacos. Si á causa del anunciado bombardeo el tren no llega á aquella ciudad, volverán al Cairo. Si tienen que pasar en Alejandria el tiempo del sitio, pedimos á nuestros Padres que les alojen en el antiguo departamento desocupado, cerca de la Bolsa, bajo la vigilancia del P. Léautier, pues allí estarán en mayor seguridad que en el jardín Thurboine. Por último, en caso de que, como lo esperamos, no haya obstáculo, se embarcarán domingo en el vapor ruso de Berito, bajo la direccíon del referido Padre. Nuestros viajeros van solamente con el equipaje que pueden traer á mano. En cada saco hemos puesto un pan y un coberter para pasar la noche sobre el puente.

En el colegio conservo conmigo á un Padre natural de Damasco y dos Hermanos coadjutores libaneses. El mayor de los seminaristas, que tiene su familia en la ciudad, se queda también para cuidar á la reducida Comunidad. Habiendo partido casi todos los católicos latinos del Cairo y la mayoría de los católicos orientales, las clases no son ya posibles, y es inútil exponer gran número de misioneros á los peligros que pueden sobrevenirnos.

Triste fué la despedida; era la dispersíon de una familia de desterrados. En la misma noche los Padres Franciscanos, los Hermanos de las Escuelas cristianas, las Hermanas Franciscanas y las del Buen Pastor han hecho partir para Alejandria á algunos miembros de su Comunidad.

Sábado, 8.—Voy á celebrar la santa Misa en el Establecimiento de los Hermanos de las Escuelas cristianas, quienes la víspera despidieron á sus discípulos. El Hermano director ha resuelto permanecer firme con algunos Hermanos en el puesto que se le ha confiado. El cónsul le dijo ayer que recomendó especialmente las Comunidades religiosas al prefecto de policía, y éste le juró por su cabeza que no les acontecerá cosa alguna desagradable.

Paso al convento grande de los Capuchinos: el Padre Guardian me explica las precauciones de seguridad que ha tomado contra un motín ó un incendio, y recíprocamente nos ofrecemos refugio, como lo habíamos hecho

con los Hermanos. Hablamos de las buenas Religiosas, que están más expuestas que nosotros. Por este Padre vengo en conocimiento de que los sacerdotes y las Hermanas de la Misió fundada por el Ilmo. Comboni en el Sudan, han debido partir esta mañana para su casamatrix de Verona, sin tener noticias de sus Comunidades del Djebel-Nuba y de El-Obeid en el Kordofan, que corren gravísimo peligro, y á quienes se ha enviado un pelotón de soldados egipcios.

Domingo, 9.—Una carta de Alejandria me anuncia que los seminaristas han podido embarcarse. Quince personas vienen aún á oír la santa Misa en nuestra capilla: son empleados siríacos que no han podido partir. Acuden también algunos buenos amigos franceses, italianos y de Levante, que nos traen noticias y se consideran dichosos encontrándose entre nosotros: no me dejan un momento libre para mi correspondencia y las medidas que reclaman los acontecimientos; pero estoy muy lejos de lamentarme de ello.

Leía esta mañana en un excelente libro espiritual, que los mundanos son casi siempre, ó transportados por la ambición, ó abatidos por la desconfianza y el temor. De ello tengo la prueba á la vista. Esa sociedad europea del Cairo, tan rica, brillante y mundana, ha desaparecido enteramente á impulsos del miedo; los que permanecen voluntariamente son casi todos hombres de principios religiosos. Citemos el director de trabajos públicos y uno de sus principales empleados; el director de la Compañía de aguas, el de la grande manufactura de papel de Bulak, el de lo contencioso de la propiedad, el Dr. Piétri, etc., todos hombres de corazón y de fe.

Al anoecer hago una visita al director de la manufactura de papel, situada á una legua larga del colegio, pues supe que estaba enfermo. El calor era sofocante. El Padre que me acompaña está fatigadísimo: tomamos dos jumentos, que contentos por haber encontrado trabajo, nos llevan á galope á través de multitud de árabes que llenan la avenida y el bazar de Bulak, y gritan para que se nos deje el paso libre. Atravesamos entre varios cortejos de casamientos y de circuncisión con los músicos y obligados bailarines, sin que se oiga un insulto, ni se observe un ademán descortés ó amenazador.

Mas ¿cómo describir el aspecto de esta ciudad? En los barrios frecuentados por los europeos apenas hay cuatro almacenes abiertos por cada ciento: en los bazares árabes las más notables tiendas están asimismo cerradas. Los muchachos del Cairo, por lo comun tan juguetones y traviesos, están tristes y silenciosos. Un excelente alsaciano me dice:

—El Cairo me recuerda nuestras ciudades de Alsacia y Lorena en 1870.

Véanse aún transitar algunos bajáes con sus espléndidos equipajes: se han quitado el pantalón negro y el redíngote para vestir el rico traje oriental.

Por la noche, nuevos despachos anuncian el bombardeo de Alejandria para las cuatro de la tarde del día siguiente; enviándose órden por los cónsules á sus nacionales para que partan por la vía de Ismailia.

Lunes, 10.—Hace tres días que no se publica el periódico oficial por falta de operarios impresores; las rejillas del correo están cerradas, pues todos los empleados italianos que hasta hoy habian permanecido en su puesto,

han partido. En el telégrafo se acepta aún un despacho para Berito, pero no aseguran que llegue á su destino. Nuestros amigos, agobiados de negocios y de fatigas para cumplir los servicios públicos que dirigen, encuentran no obstante tiempo para venir á estrecharnos la mano y darnos noticias.

Durante la noche varios compatriotas, á quienes se creía firmes en sus puestos, han partido precipitadamente para Ismailia, y no quedan ya, á excepcion de los Hermanos de las Escuelas cristianas, sino cinco ó seis franceses conocidos nuestros.

Martes, 11. —Vamos á ver al cónsul de Italia, único que queda con el de Alemania: mientras estamos con él el prefecto de policía le hace saber que los ingleses bombardean á Alejandría.

Al volver á casa encontramos una compañía de soldados que se dirigen á la carrera á sus cuarteles.

Todo el día la ciudad ha permanecido tranquila y triste, haciendo el servicio de policía gran número de soldados con fusiles. Se hace circular de mano en mano un despacho impreso, sin firma, anunciando que se habian echado á pique cinco buques ingleses. Damos poco crédito á esta noticia.

Miércoles, 12. —Se anuncia que los ingleses han ocupado á Alejandría durante la noche.

Jueves, 13. —Llega de Alejandría un empleado italiano, con una carta del director general de policía para Arabí-Bajá. Su vida ha estado varias veces seriamente amenazada por los árabes, exasperados con el bombardeo de los ingleses: un empleado del ferrocarril le ha salvado colocándolo en un compartimiento aparte con una familia copta. Durante el trayecto, á causa de una alarma que hizo salir á todos los viajeros, tuvo que dar dos libras esterlinas á un soldado para que le sacase de las manos de una multitud enemiga.

Los ingleses han bombardeado porque Arabí, á quien intimidaban que no artillase más las fortificaciones, les ha contestado: «Vosotros organizais todos los días baterías flotantes ante nuestros puertos, y bien tengo yo el mismo derecho.» El martes 11, á las siete de la mañana, los ingleses dispararon el primer cañonazo con pólvora, sin que hubiese un solo hombre en las baterías de los egipcios. A las primeras balas éstos han acudido presurosos á sus piezas, manteniéndose allí con admirable sangre fría. Un oficial de marina que estaba presente me ha dicho que su resistencia fué muy notable, y que era extraño que hubiesen podido matar á ocho hombres y herir á otros tantos parapetados tras los impenetrables muros de los acorazados ingleses. Los enormes cañones de ochenta toneladas, montados en dos monitores, se oían á lo lejos como poderoso estampido del trueno, y producían en los muros de las fortificaciones los más desastrosos efectos. A las cinco y media de la tarde cesó el fuego. Mas habiendo rehusado Arabí rendirse á discrecion, tiráronse al día siguiente cuatro ó cinco cañonazos, á consecuencia de los cuales se izó en los fuertes bandera blanca, mientras que Arabí se retiraba con las tropas á Damanhur, sin prevenir al enemigo. Algunos soldados desbandados, algunos europeos, la hez de sus naciones, y los beduinos del desierto, se entregaron al saqueo y al incendio. Se cree que ha habido pocos muertos; pero la más bella plaza de Alejandría, la de los Cónsules, el pa-

seo de Ramlih y la calle Cherif-Bajá han sido casi enteramente incendiados.

La poblacion árabe, sobrecogida de miedo, se ha precipitado hácia el ferrocarril, invadiendo hasta el techo de los vagones. Hemos visto llegar al Cairo, con breves intervalos, inmensos trenes de fugitivos: asegúrase que un sujeto conocido mio, hábil traductor, ha sido preso en uno de estos trenes por los beduinos, quienes le han asesinado á pocos pasos de la estacion, llevándose otras personas entre las que se encontraban mujeres. Dicese que se ha visto llevar los cadáveres de dos Padres lazaristas; empero me consta que el único de éstos que quedó en Alejandría está en el hospital y ha sido perfectamente respetado.

Todo esto me inspira serias inquietudes acerca de dos de nuestros compañeros de Alejandría, los Padres de Dainous y Méchin. El primero me escribió la víspera del bombardeo: «*Alea jacta est*: creo de mi deber permanecer aquí, y el P. Méchin no quiere dejarme: oculto mis papeles importantes en un agujero en el punto A del plano adjunto: me siento lleno de confianza: estamos bajo el amparo del sagrado Corazon.»

El día 19 de Julio no tenemos aún noticias de los Padres.

Atravesando la ciudad, los árabes me gritan: «¿Qué haceis aquí? No estais en vuestro lugar: debírais huir como los demás.» Compramos el primer periódico árabe que nos presenta un muchacho. Respira odio y furor contra los europeos y los cristianos.

Viernes, 14. —Muy de mañana un empleado del cónsul de Italia viene á contarme que el prefecto de policía, Ibrahim-Bajá-Fanzi, uno de los más fieles amigos de Arabí, que cumpliendo las disposiciones de éste se consagra admirablemente á mantener el orden en la ciudad, protege eficazmente á los europeos y hace cuanto está en su mano para retenerlos en Egipto, acaba de anunciar al consulado italiano que está agobiado por el exceso de refugiados alejandrinos. «Guardo en la ciudadela, añade, y en los grandes almacenes á los más excitados; alimento á los indígenas; acabo de enviar otras seis compañías de soldados para contenerlos; pero esto no puede durar. Haced saber á vuestros nacionales y protegidos que es preciso partir luego.»

—El cónsul, añade su empleado, me encarga os avise que mañana á las cinco de la misma habrá un tren expreso para los nacionales ó protegidos franceses é italianos, que partirá directamente para Ismailia. Este será probablemente el último tren, pues esta línea va á ser cortada, lo mismo que la de Alejandría. Saldrá el tren de los grandes cuarteles de Kasr-el-Nil, y será custodiado hasta su destino por una buena escolta de soldados mandados por oficiales fieles. El cónsul os aconseja vivamente que partais, y él mismo no cree poder permanecer más de tres ó cuatro días, pues teme que Arabí dé un mando militar á nuestro excelente prefecto de policía. Los alemanes partirán el mismo día, con el cónsul de Prusia, en un segundo tren especial.

Algunos instantes despues llegan tres Padres franciscanos enviados por el Padre Guardian para decirnos que parten con su Comunidad y que se llevan los miembros de las Comunidades religiosas que han permanecido hasta ahora, excepto cuatro ó cinco Hermanas, que que-



darán en el hospital con un capellan, y cinco ó seis Hermanos de las Escuelas cristianas, que quieren absolutamente quedarse con las familias que se han refugiado en su establecimiento.

Respecto á nosotros no vemos un peligro inminente; sin embargo, comprendemos que sería temerario exponerse. Por otra parte no tenemos ningun bien que hacer aquí, pues casi todos los europeos y cristianos conocidos nuestros han huido ya, y en caso de matanza nadie podrá salir de su casa, y por lo mismo no podremos prestar auxilio alguno. Nos decidimos á partir: empleamos todo el día y la noche en encerrar nuestro mobiliario en una oscura y reducida bóveda, cuya entrada será muy fácil disimular.

Por la noche viene á vernos el Ilmo. Marcos, y nos confía algunas disposiciones para el caso en que fuese comprendido en la matanza. Le pido su bendición, y quiere que yo le bendiga á mi vez. Nos abrazamos en silencio con el corazón conmovido, cada uno lleno de confianza en Dios. Tenemos que despedirnos brevemente de varios discípulos que vienen á hacernos una postrera visita.

Sábado, 15.—Empezamos las misas á la una y media de la madrugada en esta capilla desnuda, de la que vamos á sacar el santísimo Sacramento. Nuestros dos Hermanos coadjutores, el seminarista y el pequeño Ali, reciben la sagrada Comunión. Este último es un tártaro, salvado de la esclavitud y de la muerte y recientemente bautizado, que nos sirve de doméstico. Parecía aquello una reminiscencia de las catacumbas. Concluido el santo Sacrificio, prometo en nombre de todos que los presbíteros celebrarán una misa, y los que no lo son comulgarán en honor de los santos Angeles, así que lleguemos sanos y salvos á Berito. Prometo también erigir una imagen del Angel custodio en el patio del colegio si á nuestro regreso encontramos el mobiliario casi intacto. Por última vez cruzamos de noche esta ciudad tan brillante uno ó dos meses atrás, y ahora triste y como maldita, y llegamos á uno de los grandes patios de los cuarteles de Kasr-el-Nil, inmediato al Ministerio de la Guerra. Hay ya gran número de familias y de Comunidades religiosas instaladas en vagones de mercancías. Numerosos grupos de árabes y beduinos son mantenidos á cierta distancia por un cordón de tropa. A las siete se nos hace salir de estos vagones, diciéndonos que serán sustituidos por coches de viajeros. Llegan éstos en efecto. Hay veinte grandes coches que quedan prontamente llenos: cada uno contiene por término medio sesenta personas. Dos locomotoras van y vienen, haciendo interminables maniobras. A las diez aún no hemos partido: evidentemente hay mala voluntad por parte de algun poderoso personaje. Más de uno de entre nosotros sospechará tal vez que se trata de una de esas asechanzas tan comunes en la historia musulmana, á fin de inmolarse de un golpe á todos los cristianos, pero nadie dice una palabra; todos dan una prueba de paciencia admirable.

El conde Gloria, cónsul italiano, se multiplica para designar á cada cual su vagón, dar los billetes á los rezagados, etc. Varias veces le vemos entrar en el Ministerio de la Guerra, sin duda para remover los obstáculos que retardan la partida. Está también aquí el prefecto de policía, con paletó gris, rodeado de algunos oficiales y

acudiendo á todo. Dicese que hace un mes pasa las noches en el patio de su casa, acostado sobre hojas de palmeras, á fin de estar constantemente dispuesto á dictar órdenes. Los viajeros aprovechan todas las ocasiones para darle gracias por el celo con que ha sabido hasta ahora conservar el orden perfecto en la ciudad. Hemos visto como le caían las lágrimas sobre su grueso bigote cuando un grupo de caballeros descendió del vagón para estrecharle la mano.

Por fin, parte el tren á las diez y media. En cada portezuela hay un soldado con veinte cartuchos. Se nos ha recomendado que no bajemos en las estaciones. Cuando el tren se para salen los soldados y se forman en línea á veinte pasos de los coches; tienen orden de hacer fuego sobre los árabes que quieran adelantarse. Estos militares maniobran al són de corneta.

Al salir de Kasr-el-Nil han tenido que destacarse algunos ginetes á fin de dispersar una muchedumbre hostil estacionada en el paso á nivel. Se refiere que habiéndose detenido cerca de nosotros un tren de fugitivos alejandrinos, los soldados han tenido que rechazar á los árabes que salían del mismo para precipitarse sobre nosotros. En Zagazig la estación está invadida por un millar de árabes en actitud amenazadora. Se nos detiene en un desvío, mientras los agentes de policía cargan contra los amotinados.

Después de Zagazig atravesamos el arenal del desierto, costeadando el canal de agua dulce. En algunos puntos han amontonado la arena á derecha é izquierda de la vía, no habiendo sido suficientes las empalizadas para garantizarla.

Magnífico y triste á la vez es el convoy de 1,200 cristianos: es la fe cristiana, pero abandonando este brillante país de Egipto; es el *In exitu Israel de Aegypto, domum Jacob de populo barbaro*. (Dan. cxiii).

Llegamos á Ismailia al ponerse el sol. Las Religiosas del Buen Pastor con sus huerfanitas y acogidas, y las Religiosas de san Francisco con sus negritas, van á albergarse en el convento del Buen Pastor. Los Padres Franciscanos, los Padres Jesuitas y los Hermanos de las Escuelas cristianas se alojan en el pequeño convento de los Padres de Tierra Santa. Cada grupo tiene sus reducidas provisiones y se instala en la galería ó simplemente en los caminos del jardín, en donde pasarán la noche sobre esteras ó bancos.

Nuestro pequeño grupo, el menos numeroso, intenta partir esta misma noche para Port-Saïd, en el vaporcito del correo egipcio. Este es el único medio de alcanzar el vapor francés que parte mañana para Siria. En el pontón encontramos á un amigo que nos presenta á D. Víctor de Lesseps y al ingeniero jefe del canal. No obstante la protección de estos señores, es preciso que renunciemos á partir, pues el buque no puede sin grave peligro recibir á tanta gente. Mañana el ingeniero jefe hará se nos concedan plazas en el vaporcito de la Compañía del canal. Ahora es tarde para volver al convento. El empleado del canal, á quien se ha recomendado nuestro embarco, nos ofrece un asilo para pasar la noche en el balcón de la casa de la Compañía, contigua al pontón. Todas las avenidas, todas las calles de la ciudad están llenas de familias que acampan en este suelo arenoso. Allí vemos á gran número de nuestros conocidos del Cairo, de los

más acomodados, que se encuentran en tantos ó mayores apuros para procurarse alimentos que para alojarse: sin embargo, no se oye un lamento; son cristianos que huyen por el camino que recorrió el mismo Niño Jesús huyendo de Herodes. La segunda noche dormimos en el convento de Padres Franciscanos. Por lo demás, es fácil prever que vamos á pasar doce noches sin poder quitarnos el calzado: esto no debe impacientar á un misionero. En el convento encontramos tres Padres de las Misiones africanas de Lyon; el P. Duret, superior residente de Tintah, dos Padres de Zagazig, el P. Vélinger, superior, y el P. Cadot.

El domingo un aviso prusiano embarca á los alemanes venidos del Cairo poco antes que nosotros en un tren especial, y los transportará á Port-Said. Los franceses é italianos no tendrán tan buena suerte. El transporte de la escuadra francesa pedido por el vicecónsul de Ismailia no está disponible: será preciso aguardar uno ó dos días.

La Vista del lago Timsah, á cuyo extremo se oculta Ismailia en sus jardines, y que surcan los magníficos vapores de las Indias y de la China, es verdaderamente bellísima: vense seductoras tintas, tanto en el mar como en el desierto y en el cielo de Oriente. Deslizámonos sin ruido sobre esta agua azul y pesada (1), entre las dos líneas de boyas rojas y negras que marcan el lecho del canal.

Los ribazos de éste son de arena aglomerada ó movable. No se ve allí más verdor que el de algunos cañaverales ó tamariscos plantados á flor de agua para contener la arena. A izquierda, el desierto africano está enteramente árido, y á la derecha el desierto asiático presenta algunos grupos de verdor al pié de pequeñas alturas.

Nuestro buque se detiene, á fin de que podamos desayunarnos, en la estacion de El-Mantara (del Puente). Muy cerca de este punto se han encontrado las ruinas del puente echado sobre el antiguo canal de los Ptolomeos para dar paso á las caravanas de la Judea: la sagrada Familia indudablemente pasó por allí. Un poco más allá de El-Mantara los ribazos del canal cambian de naturaleza. La arena es reemplazada por el limo negro del Nilo: esto indica que hemos entrado en el antiguo canal del lago Mangaleh, que está en comunicacion con el gran rio. A las cinco llegamos á Port-Said despues de una travesía de 80 kilómetros. Los Padres Franciscanos de este punto no pueden albergarnos en su reducido convento, lleno ya con los Padres venidos de Suez y otras partes.

Nuestro cónsul, cuya benevolencia tuvimos ocasion de apreciar en mejores tiempos en Alejandria, encarga á su secretario que nos presente al jefe de Estado mayor del almirante, á bordo de la *Galissonière*. Este nos hace conducir á la *Thétis*, acorazado de segunda clase. Este buque no está ciertamente organizado para pasajeros, y acaba de recibir dos compañías de desembarco, á las que se pasa revista sobre el puente. El comandante nos señala por departamento el kiosco de los timoneros, y ordena se nos dé la racion de los marineros, excusándose de que no puede hacer más. Toda la velada oímos á la

(1) El agua del Timsah, como la de los lagos amargos sitos más cerca de Suez, es notablemente más densa que el agua del Mediterráneo y del Oceano, á causa de la extraordinaria cantidad de sales que contiene.

tropa disponer su equipaje: hablan de desembarco durante la noche, y parecen muy animados. Lo que más les incomoda es su saco. Un caritativo oficial nos dice al oído:

—Tal vez esta noche nuestra gente baje á tierra: en nada turbará esto el reposo de que tendréis harta necesidad.

Uno de los nuestros está encargado de ir á la hora reglamentaria á buscar las raciones en la despensa. Por la mañana nos dan café con dos pedazos de galleta; y á medio dia el caldo con una cubeta chata, sin ningun utensilio para tomarlo. El caso no está previsto por el Reglamento: cada marinero tiene cuchara y tenedor marcado con un número: no hay otros á bordo. Nuestro apuro hizo reir á los marineros, quienes se apresuraron á prestarnos sus propias cucharas.

Al anochecer se nos trasborda al transporte la *Sarthe*, llegado recientemente. Es un inmenso buque de dos pisos de baterías que acaba de trasladar á Francia 800 fugitivos y vuelve cargado de provisiones para la escuadra. No se ha tenido tiempo de limpiar un poco la embarcacion, y tenemos que pasar por cosas que nos hubieran repugnado en otro tiempo. Por lo demás, el comandante Bellot se muestra tan atento y amable con nosotros, que ni siquiera nos pasa por la mente que podamos estar mejor.

Miércoles, 19.—Todos nuestros compañeros de Ismailia llegan por grupos en el *Sarthe*: las Hermanas del Buen Pastor y las Franciscanas con las huérfanas de ambos conventos se alojan en un departamento que les está enteramente reservado. Los Religiosos y sacerdotes comen en la batería inferior; y los laicos, hombres, mujeres y niños, están distribuidos en las baterías y se pasean por el puente.

Los sacerdotes y personas religiosas son servidos en la mesa por los marineros y reciben un alimento de segunda clase. A las familias indigentes se les ha señalado la racion de los marineros, que se les distribuye en la despensa.

Como en la *Thétis*, faltan en absoluto platos, cucharas y tenedores. El capitán Bellot manda comprar en la ciudad todo lo que pueda encontrarse en cubiertos y platos, y una Sociedad local de beneficencia hace lo demás. Por último, el comandante nombra una Comision de dos ó tres sujetos con objeto de velar para que nada falte á las mujeres y á los niños. Creo que somos próximamente 500 refugiados en el buque. Poco á poco se nos van distribuyendo algunos cobertores, hamacas y aun colchones enviados por las Hermanas del hospital; pero no hay para todos. Se ha procurado establecer lo mejor posible á los ancianos que se encontraban entre los Padres Franciscanos y algunos Hermanos enfermos de las Escuelas cristianas. Cada uno de nosotros se ha arreglado como ha podido con su cobertor gris.

El reverendo capellan de la *Galissonière* vino á vernos á nuestra llegada, y obtuvo del almirante para todos los sacerdotes y Religiosos el permiso de descender á tierra cada mañana para celebrar y oír la santa Misa.

De dia en dia se nos hace esperar un buque que nos transporte á Siria: varias veces se nos ha tomado el nombre para este efecto; pero el almirante, como nos lo dice finalmente el cónsul, tiene muchas otras necesidades y

preocupaciones, y no puede asegurarnos el pasaje gratuito sino en el vapor francés de la semana siguiente.

La *Sartbe* no es ciertamente un monasterio, ni siquiera un colegio: no obstante pasamos en él bastante bien el día. Honrados marineros bretones vienen á mostrarnos sus medallas de Nuestra Señora de Auray, y nos piden recuerdos de Jerusalem para sus familias; otros vienen á ofrecérsenos para prestarnos algunos servicios, diciéndonos que lo deben todo á los Hermanos ó á los Curas que los educaron, y que nunca lo olvidarán. Terminada la comida de la tarde, nos dan sobre el puente sesiones de canto ó de pantomima, guardando perfecta conveniencia.

Un jóven subteniente de finos modales se me acerca y me dice:

—Padre, vuestra reverencia viene del Cairo: quisiera yo ver algo más claro en la cuestion egipcia, y vengo á suplicaros que me ilustreis: Vds. son hombres inteligentes y del todo independientes, sin prevencion alguna, y por lo tanto estarán más cerca de la verdad.

No tuve que hablarle mucho: en menos de un cuarto de hora comprendió todo mi pensamiento.

—Quedo muy agradecido á V., Padre; ¿me permite comunicar lo que V. me ha dicho?

—Perfectamente.

Casi todos los dias nos llegan nuevos huéspedes trayéndonos noticias. Dos sacerdotes coptos vienen del Cairo: dicen que han visto un operario que trabajaba en nuestra casa de Alejandria en la época del bombardeo. Este les contó que habiendo izado nuestros Padres un lienzo blanco en el establecimiento durante el ataque, fueron denunciados por uno de sus porteros árabes por hacer señales al enemigo. Doce soldados cercaron la casa, cogieron á los misioneros y los llevaron maniatados á la policía, seguidos de un populacho salvaje que les golpeaba con gruesos palos. Al día siguiente supe por el señor ministro y cónsul general, venido á Port-Said en el *Hirondelle*, que nuestros Padres, despues de dos dias de dura prision, lograron evadirse en el momento en que las tropas egipcias abandonaron la ciudad; que sus heridas no ofrecen ningun temor, y que entraron de nuevo en el establecimiento, respetado por el incendio. Otro día el P. Duret, de las Misiones africanas, nos hace saber que en Tintah se ha dado muerte por lo menos á cuarenta y dos cristianos, y que esta matanza hubiera sido mucho más considerable si el más rico musulman de la comarca, Menehaoni, no hubiese llegado con algunos beduinos y quince servidores á caballo, para conducir á sus tres castillos de los alrededores á los cristianos perseguidos por el motin: de este modo dícese que salvó á más de doscientos, á quienes acompañó á Ismailia en un tren especial que satisfizo de su bolsillo.

Sábado, 22. — En el momento de embarcarnos en el buque del Lloyd que ha de conducirnos á Berito, encontramos al conde Gloria, quien ha podido traer del Cairo, no sin peligro, á los pocos europeos que quedaban allí. Dos estaciones antes de llegar á Zagazig, la locomotora pasó sobre un camello que se habia atado sobre la vía: el conductor paró la máquina á fin de desembarazar las ruedas de los restos del animal, y al momento gran número de árabes, ocultos en las cañadas á lo largo de la vía, se precipitaron sobre el tren, pero fueron rechazados por la escolta. La víspera, un Padre enviado para bus-

carnos habia llegado á Berito, con orden de informarse de la situacion de nuestros compañeros de Alejandria. Esto nos permite partir sin sentimiento para Berito, á donde llegamos el 25, llenos de gratitud para nuestros buenos Angeles, que tan bien nos han guardado y conducido en este largo y peligroso camino.

CRÓNICA.

Bulgaria. — El ilustrísimo y reverendísimo señor Obispo de Nicópolis y Bucarest nos comunica el siguiente consolador suceso que acaba de serle notificado de su apartada diócesis, y que tenemos una viva satisfaccion en comunicar á nuestros lectores, tanto para complacer á Su Ilustrísima cuanto para edificacion de los que le han ayudado con sus limosnas.

Para apreciar debidamente el hecho, debe consignarse que uno de los individuos del seminario teológico, además de las cualidades singulares con que Dios le ha favorecido, ha demostrado siempre un celo devorador por la conversion del prójimo, sumido por desgracia en la herejía y en el cisma. Desde los primeros dias de su ingreso en el seminario, pidió y obtuvo permiso para dedicar todas las horas que le quedaban disponibles, privándose por lo tanto del paseo y de las distracciones concedidas á los seminaristas, á la conversion de los habitantes de un villorrio inmediato, todos adictos al protestantismo ó al cisma. La primera conversion con que Dios se sirvió bendecir los esfuerzos de ese jóven seminarista fué la de un anciano de noventa y tres años, que murió en el seno de la santa Iglesia católica, siendo causa y ocasion de que otros siguiesen su ejemplo. Desde aquella época ha obtenido todos los años otras varias conversiones; y como el jóven seminarista no era sacerdote, preparaba á los neófitos, y los acompañaba á un eclesiástico para que los admitiese en el gremio de la Iglesia.

Así continuó durante algunos años, hasta que fué ordenado sacerdote y es actualmente catedrático de filosofía y prefecto del seminario. Es oriundo de Hungría, aunque nacido en Rumania, y se llama P. Estéban Gheorgy. Hé aquí la carta:

«El último hecho, bastante notable, ha ocurrido veinte dias atrás en el hospital de Pantalemon. Salió un día á pasear en aquella direccion el P. Estéban Gheorgy acompañando á los seminaristas, y al pasar frente al hospital dióle el deseo de entrar para enterarse si habia algun enfermo católico, y siguió adelante hasta llegar junto á una cama donde yacia un enfermo aleman. Al preguntar si era católico, el enfermo contestó que era protestante. Le hizo algunas discretas preguntas para averiguar si tenia alguna duda sobre religion; mas no pudo obtener otra respuesta sino la de que estaba tranquilo, y creia tener la fe que debe tener todo buen cristiano. Parecióle además al Padre que el enfermo estaba suficientemente instruido en los principales misterios de la fe, y deseoso de la salvacion de su alma. Por este motivo, considerándole hereje simplemente material, no se creyó obligado á más que á excitarle á hacer actos de fe, de caridad y de esperanza en Dios, actos que el enfermo hizo con muy buena voluntad; y al marcharse el Padre, rogóle el enfermo que volviese á visitarle.

«Así lo hizo el Padre dias despues. Tuvo el pobre protestante grande alegría al ver nuevamente al sacerdote, quien despues de dirigirle algunas frases referentes á la salvacion de su alma, le exhortó á hacer actos de fe de todas las verdades reveladas por Dios, incluyendo áun aquellas

de las que no tenia nocion completa, y despues le excitó á hacer actos de caridad, de esperanza y de contricion, para conocer de esta suerte su deseo, siquiera implícito, de confesion. Preguntóle si para obtener el perdon de sus pecados estaba dispuesto á hacer todo lo que el dulcísimo Jesús desea, á lo cual contestó el enfermo afirmativamente.

«Algunos dias despues el P. Estéban hubo de volver al hospital para dar la sagrada Comunión á una enferma; pero como ésta habia tomado ya alimento, y por otra parte su enfermedad no era grave en extremo, el Padre no consideró urgente viaticarla. Dirigióse, pues, á la cama donde yacia el protestante, y hablando con él, con apariencias de querer conocer más á fondo su instruccion, le preguntó si sabia cuál es la religion en que Dios quiere ser honrado y servido por los hombres en este mundo. A esta pregunta el enfermo responde sin vacilar, con animacion y energía, fijando la vista en el Padre, y dirigiéndose hácia él:

«—La Religion de la que vos sois ministro.

«—Entonces, repuso el Padre, ¿queréis ser católico, y de esta suerte ir al cielo á ver al buen Jesús?

«El enfermo comenzó á llorar, repitiendo:

«—Sí, lo quiero.

«Y habiéndole instruido

y dispuesto en breve rato, le oyó en confesion, le bautizó *sub conditione*, le dió la absolucion consiguiente, y con la sagrada Forma que traia para la citada enferma le dió la sagrada Comunión y le administró la Extremauncion; sacramento que el enfermo recibió con gran compuncion y llorando casi constantemente. Despues de recibido el sagrado Viático, se golpeaba el pecho diciendo con grande afecto: «¡Jesús está dentro de mí!»

«Todos los circunstantes, que eran cismáticos y le observaban, quedaban admirados. En aquel instante pasó la visita el médico, tambien cismático, y en cuanto el sacerdote hubo terminado sus ceremonias religiosas, se acercó al enfermo y le preguntó cómo se encontraba.

«—Me siento feliz, contestó. *Fericire su fletasca*.

«—Felicidad del alma, repuso conmovido el médico.

«Marchóse entonces el sacerdote; contento el enfermo le tomó la mano, y estrechándola se la besó, lo cual no lo habia hecho en las anteriores visitas.

«Dejando á un lado las reflexiones que semejantes hechos sugieren, bastará consignar una sola.

«El seminario que da estas primicias, ¡qué abundantes frutos de bendicion no podrá producir en lo venidero!»

«El seminario que da estas primicias, ¡qué abundantes frutos de bendicion no podrá producir en lo venidero!»

Maduré (Indostan). — El P. A. Jean, jesuita, rector del colegio de San José de Negapatam, escribe á su hermano:

«Abre el Atlas: busca el mapa del Indostan, y en el punto situado próximamente á 22° latitud Norte y 85° longitud Este, llegas á las bocas del Hugly, donde me encuentro yo, sólo que entre tu posicion y la mia hay tanta diferencia como de lo pintado á la realidad. E Hugly muge á mis piés, y no se ven sus ori-

llas, siendo imposible sondear la profundidad de sus aguas. No es tal vez aún el mar, pero tampoco puede decirse que sea el rio. 1,600 kilómetros me separan de Madras, y por lo menos 2,000 de Negapatam. Esta es la segunda vez que vogo por este hijo del Ganges. ¿Cómo un misionero del Maduré se encuentra aquí? Voy á explicártelo.

«Era el 4 de Febrero. Nuestros discípulos habian vuelto al colegio hacia diez dias, y todo mi cuidado era disponer



CANADÁ. — Catedral de Quebec. (Pág. 402).

con orden á tantos jóvenes, cuando cae sobre mí como una bomba este telegrama de Calcuta: «El virey os nombra «miembro de la Comision de Educacion, que debe tener su «primera sesion el 10 de Febrero en Calcuta. Se os abona- «rán todos los gastos.» En breves palabras, habiendo establecido el gobernador de la India una Comision con el objeto de examinar los progresos que la educacion ha hecho en el país, y estudiar las medidas que pudieran adoptarse para darle mayor perfeccionamiento, queria que los católicos, que son los más numerosos en el Sud de la India, estuviesen representados en el seno de la Comision por un miembro residente en esta parte de la Península.

«Así que recibí el telegrama partí para Trichinopoly, y supliqué al Prelado me alcanzase que fué otro en mi lugar, pero nada obtuve y fué preciso obedecer. Al llegar á Madras caí enfermo. Sin embargo, el *Nepaul* iba á levar anclas, y decidióse que yo tambien me embarcase. Una tarde y una noche á bordo fueron suficientes para restablecerme. Al cabo de tres días de una magnífica travesía desembarqué ante el fuerte William, en Calcuta, y el arzobispo Ilmo. Goethals me recibió en su palacio.

«Empezaron nuestras reuniones, que ascendieron á veintiseis en el espacio de ocho semanas, y asistí casi á todas. La Comision constaba de veintidos miembros, y entre ellos habia protestantes de todas las sectas, musulmanes, paganos y hombres que parece no creian en Dios ni en el diablo. ¡Y en medio de esta Babel tenia yo que tomar asiento con sotana negra, yo, católico y sacerdote! Sin embargo, debo alabar el buen tono, la cortesía y áun la afabilidad de todos mis colegas. No cabe duda que sus ideas eran falsas en muchos puntos, sus prejuicios y sus errores tan arraigados como lamentables, y bajo este respecto son incorregibles. Pero uno no puede menos de estimar sus cualidades naturales, y particularmente sus buenas maneras. La novedad de mi posicion, junto con mi ignorancia de esta suerte de discusiones y de las formalidades que las acompañan, con más la necesidad de expresarme en una lengua que estoy muy lejos de poseer suficientemente, me cerraron la boca por algun tiempo. Mas en breve empecé á hacer uso de la palabra, y al fin no fui de los que hablaban menos.

«Terminadas las sesiones de nuestra Comision, tomé pasaje en el primer buque que partió. Te escribo, pues, á bordo, en el instante en que el *Eldorado* sale del Hugly para entrar en el golfo del Bengala. El miércoles llegaré á Madras, y desde allí me dirigiré á Pondichery para visitar al Ilmo. Laouenan antes de regresar á Trichinopoly.»

Japon.— El Rdo. Berlioz, de las Misiones extranjerías de París, misionero del Japon, comunica las siguientes notas acerca las mamparas conservadas en la pagoda de Sho-dju-dji, en Morioka:

«A fines del siglo XVII (1682), bajo el reinado de O-gimatchi, emperador del Japon, Gamo Udjisato, señor de Hida, dió en matrimonio su hermana menor al señor del Nambu, y entre los objetos que se llevó la princesa contábanse las dos mamparas de seis hojas que existen hoy en Morioka en la pagoda de Sho-dju-dji. (V. los grabados de las páginas 404 y 405).

«Yamashiro, que nació de este matrimonio y á su tiempo fué señor del Nambu, tuvo en singular estima aquellos objetos, con los que adornó la estancia en donde descansaba por la noche, y á su muerte los herederos, creyendo hacer acto de piedad filial, los cedieron al tesoro de la pagoda en que fué inhumado.

«Como las pinturas de cada una de las hojas aparecen bajo colores muy vivos, los japoneses, queriendo segun su costumbre dar una explicacion de ello, han pretendido que se habia hecho entrar sangre humana en la composicion de los colores, y hasta estos últimos años semejante creencia

estaba muy extendida entre las gentes del pueblo, de suerte que las mujeres no miraban estos cuadros sino con supersticioso horror. Su exhibicion tenia lugar una vez al año, el 7 de la 7.^a luna, día consagrado en el Japon á sacudir el polvo y á secar los objetos encerrados (*Mustri-boshi*). Mas ahora el bonzo que guarda estas reliquias, teniendo apenas con que vivir, está dispuesto á satisfacer la curiosidad del primero que se le presenta, mediante algunos sapeques.

«Bonzos, sabios y ancianos, interrogados acerca el sentido que dan á estas pinturas, no saben sino responder que los personajes representados debian ser bárbaros venidos del Sud (*nam-ban*). Nuestros cristianos, más perspicaces, sospechan que estos pretendidos bárbaros son los Padres que evangelizaron el Japon 280 años há. Grande fué su gozo cuando les dije que no habia duda alguna respecto de esto, que yo reconocia perfectamente á los Franciscanos, que áun al presente se los encuentra en todos los países católicos, y que yo mismo contaba algunos amigos entre ellos.

«Este descubrimiento, realizado no há mucho tiempo, fué motivo de contento para toda nuestra cristiandad y dió materia para importantes reflexiones. ¿Dónde están ahora los perseguidores de los pasados siglos? ¿Quién se interesa por ellos? Su memoria parece participar la miserable suerte de las pagodas enmohecidas y arruinadas donde tienen su tumba. ¿Sospechaban ellos siquiera que en el templo dedicado á su culto se haria más caso de las dos pobres mamparas que de su orgullosa persona, y que aquellas vendrian á ser un trofeo de victoria para los mismos á quienes habian jurado aniquilar?

«Hoy ha surgido una generacion que condena á los tiranos del pasado, y sonríe á esas venerables figuras respetadas por el tiempo, saludándose en ellas á los apóstoles de la verdad, á los héroes de la fe y á los mejores amigos del Japon, que fecundaron y regaron con su sangre.

«Vivamente suplicamos que de lo alto del cielo esos Protectores se dignen interesarse por esa grey que bendice su memoria; y ojalá que por sus oraciones éste se extienda prontamente por toda la nacion japonesa, todavía sumida ¡ay! en el paganismo!»

Canadá.— El Canadá comprende (exceptuando el territorio de Alaska) todo el Norte de la América septentrional desde los Estados-Unidos hasta el Océano glacial, y desde el Atlántico hasta el Pacífico.

En lo político este país forma desde 1867, bajo el protectorado de Inglaterra, una confederacion casi independiente, conocida con el nombre de Confederacion canadiense ó Potencia del Canadá (*Dominion of Canada*).

Se compone de ocho provincias, cuya superficie es de 1.337,162 millas cuadradas, y que en 1881 contaba 3,686,096 habitantes, de ellos 1.692,029 católicos. Los nombres de dichas provincias son: Quebec (Bajo-Canadá), Ontario (Alto-Canadá), Nueva-Escocia, Nuevo-Brunswick, isla del príncipe Eduardo, Manitoba, Colombia inglesa y territorio del Noroeste.

En los diez años sucesivos la poblacion ha aumentado considerablemente, tanto por la emigracion al Manitoba y territorio del Noroeste, como por la propagacion siempre creciente de los canadienses franceses, sobre todo en la provincia de Quebec. Estos últimos, que no pasaban de 75,000 en 1760, cuando la cesion del Canadá á Inglaterra, en 1871 ascendian á 1.104,401 en la sola provincia de Quebec, además de 150,000 en las restantes provincias y 400,000 en los Estados-Unidos. La poblacion total excede ahora de 4.000,000 de habitantes, la mitad de los cuales son católicos. Cuéntanse próximamente 50,000 salvajes, diseminados la mayor parte en las vastas praderas del Noroeste y en los territorios inmediatos á la bahía de Hudson y al mar Glacial. Estos restos de las numerosas tribus que en otro tiem-

po recorrian con toda libertad los bosques del Canadá, están condenadas á desaparecer en un próximo porvenir. Estos salvajes son católicos en su mayoría.

Los canadienses gozan de completa libertad política y religiosa. El gobierno es federal constitucional, tiene la direccion y vigilancia de los intereses generales de las provincias confederadas, y comprende tres poderes: 1.º un gobernador general nombrado por Inglaterra, quien administra la Potencia por un Consejo privado de 13 diputados responsables ante las Cámaras, como en Inglaterra; 2.º una Cámara alta, llamada Senado, compuesta de 80 miembros vitalicios; 3.º una Cámara baja, conocida con el nombre de Cámara de los Comunes, contando ahora 206 diputados elegidos por el pueblo cada cinco años. El Gobierno federal reside en Ottawa, á orillas del rio del mismo nombre, entre las provincias de Quebec y de Ontario.

Cada provincia posee tambien un Gobierno local constitucional, que se ocupa en los negocios particulares de cada una de ellas, en las leyes civiles, en la educacion, en la agricultura, en la industria, en las artes, etc.

El Gobierno se compone de un lugarteniente gobernador nombrado por el Gobierno federal y asistido de un Consejo ejecutivo, responsable ante las Cámaras, y de una Asamblea legislativa elegida por el pueblo. Cada provincia está dividida en cierto número de condados, y cada uno de estos envia un diputado al Parlamento federal y otro al provincial. Ontario contiene 80 condados, Quebec 54, Nueva-Escocia 28, Nuevo-Brunswick 16, y la isla del Príncipe Eduardo, 6. El Gobierno local de la provincia de Quebec comprende tambien un Consejo legislativo ó Cámara alta, compuesta de 24 miembros vitalicios.

La religion está muy floreciente en la provincia de Quebec.

El país está dividido en 20 diócesis, que en 1880 contaban 23 prelados, 1,599 sacerdotes, 1,142 iglesias, 434 capillas de Misiones y 1.846,800 católicos.

La instruccion está muy extendida en las provincias de Quebec y de Ontario. La primera de ésta tiene 5 grandes seminarios: Montreal, Quebec, San Jacinto, Tres-Rios y Rimuski, con unos 450 eclesiásticos tonsurados que se preparan para el sacerdocio; las universidades de Laval en Quebec y de McGill en Montreal; los colegios clásicos de San Sulpicio y de los Jesuitas en Montreal; de Quebec, de Tres-Rios, de San Jacinto, de Rimuski, de Nicolet, de Santa Teresa, de Santa Ana, de la Asuncion, de Santa María del Munoir y de Sorel; 16 colegios industriales; 66 academias para niños; 72 para niñas; 260 escuelas modelos; 20 establecimientos de los Hermanos de las Escuelas cristianas, frecuentados por 9,000 niños, y por último 3,600 escuelas elementales.

ENSAYO SOBRE LA HISTORIA RELIGIOSA DE TÚNEZ.

XI.

LOS CAPUCHINOS PALERMITANOS, GENOVESES Y ROMANOS. —
LOS MISIONEROS DE SAN VICENTE DE PAUL.

LA mision política de Savary de Breves y el cautiverio de san Vicente de Paul marcaron en Túnez una nueva era para el Catolicismo.

Durante los siglos XIV, XV y XVI Francia tomó poca parte en la represion de la piratería berberisca. Francisco I, arrastrado por su encarnizada lucha contra Carlos V, hizo alianza con el sultán, dejando así á su rival la gloria de intervenir por medio de las armas en favor de los cristianos de Túnez. Enrique IV y Luis XIII

se ocuparon de la dolorosa situacion de los cristianos, y hemos hablado ya del tratado concluido en 1604 entre Enrique IV y el dey Kara Othman. Por otra parte los Trinitarios y los Religiosos de la Merced no habian cesado, desde su fundacion, de rescatar ó socorrer á los cautivos: sin embargo, su intervencion en Túnez nunca pasó de ser temporal.

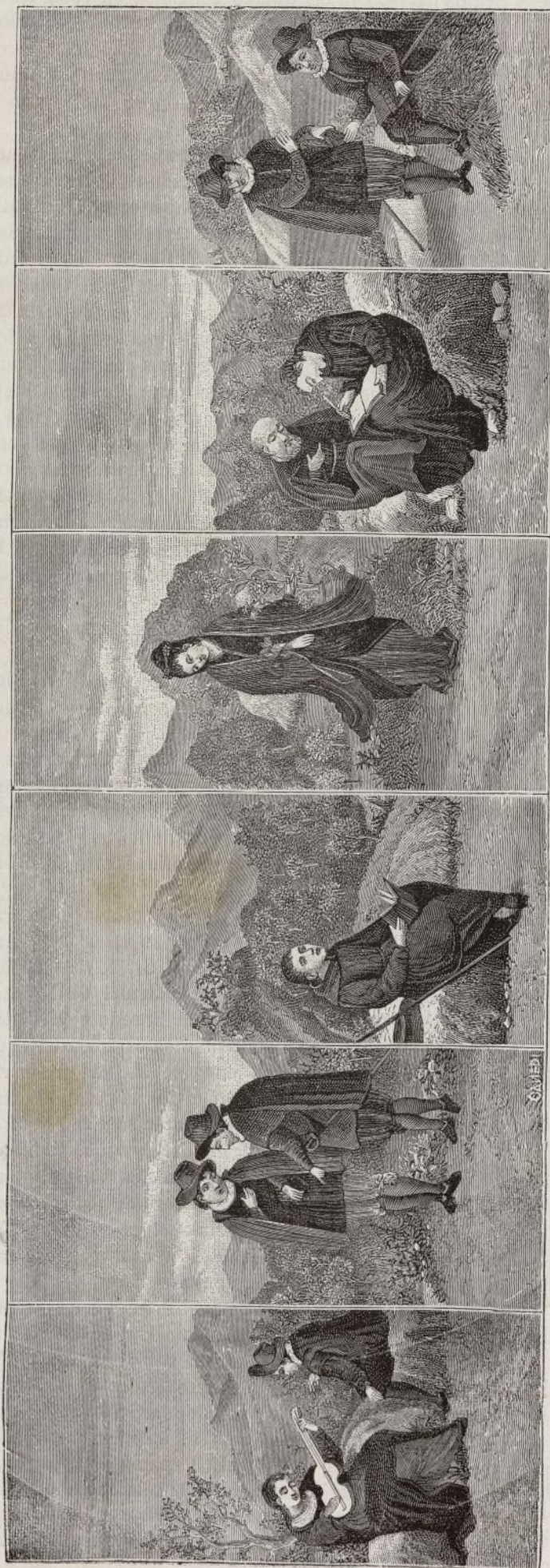
«Puede decirse que, hasta el tiempo de san Vicente de Paul, nada hubo fijo ni organizado en el servicio religioso de Berbería... A este Santo pertenece la iniciativa de la ereccion de un vicariato apostólico, que puso las cosas en un estado normal (1).» San Vicente de Paul, cuya influencia fué considerable en el gobierno del rey, acarició mucho tiempo el deseo de ver á las potencias cristianas coligarse para ir á castigar á los berberiscos y liberrar de una vez á los cristianos cautivos. Sus votos no debian ser en parte atendidos hasta dos siglos más tarde. No obstante, con el siglo XVII aparecieron en Túnez dos nuevos elementos que contribuyeron á hacer reflorcer el Cristianismo: me refiero á la solicitud de los reyes de Francia por la suerte de los cristianos, y á la Mision creada por el sobredicho Santo. Ambos elementos se prestaron mútuo apoyo. El apostolado de los Hijos de san Vicente de Paul fué tan eficaz para la proteccion y rescate de los cautivos, como lo fueron las diversas escuadras Reales enviadas á las costas de Túnez.

Antes de pasar adelante dedicaré breves palabras á los establecimientos de los Capuchinos palermitanos, genoveses y romanos en Tabarca y Túnez.

Desde 1624 el papa Urbano VIII envió Capuchinos á Túnez. Bajo el nombre de «procuradores de esclavos» estos Religiosos debian asistir á los cristianos cautivos en los baños y llevar los socorros de la Religion á los cristianos indígenas, á cuyas necesidades no se habia podido hasta entonces proveer regularmente.

Estos Capuchinos, originarios de la provincia de Palermo (Sicilia), tuvieron por primer superior al P. Angel de Conigliano. «Fueron, dice el Sr. Rousseau, los verdaderos fundadores de la Iglesia actual de Túnez.» Algunos historiadores atribuyen la introduccion de los Capuchinos en Túnez á los sentimientos favorables que manifestó á Urbano VIII el renegado Murad, originario de la isla de Córcega, que llegó á ser el personaje más importante de la Regencia. Un autor siciliano refiere, por el contrario, que á petición del príncipe Filiberto, virey de Sicilia, el arzobispo de Cerdeña, Vulpio, obtuvo de dicho Papa el breve (20 de Abril de 1624) *Ex omnibus charitatis officiis*, autorizando el envío de los Capuchinos palermitanos á Túnez. Ambas versiones son conciliables, pues Murad bey pudo hacer conocer al Papa, por medio del Virey de Sicilia, las buenas disposiciones de que estaba animado en favor de los cristianos. Parece, sin embargo, que la poblacion musulmana no compartió con mucho los sentimientos de Murad bey. El año siguiente los piratas de la Goleta cogieron á un maltés llamado Juan Fontet, á quien cortaron la lengua, rompieron los brazos y piernas, arrastraron por las calles de Túnez atado á la cola de un caballo, y por último quemáronle vivo por haber protestado valerosamente contra las blasfemias de los musulmanes.

(1) *Saint Vincent de Paul*, t. I, p. 253.



JAPON. — Mampara cristiana del siglo XVII, conservada en una pagoda de Moriska. (Pág. 402).

Al propio tiempo que los Capuchinos inauguraban su Mision, continuaron la suya los Redentores de esclavos. En 1638 y 1641 los Trinitarios rescataron 76. El P. Pedro Dan, autor de una *Histoire de la Berberie et de ses corsaires* (1), refiere que por aquella época contábase en Túnez 7,000 esclavos y 4,150 renegados, entre los cuales habia 700 mujeres.

En 1636 los Capuchinos de Palermo fueron reemplazados por los de la provincia de Génova. Estos Religiosos establecieron su residencia en la isla de Tabarca, situada á 152 kilómetros al Noroeste de Túnez, en los alrededores de la Cala (2). Otra version dice que los Capuchinos de Génova no reemplazaron inmediatamente á los de Palermo establecidos en Túnez. Esta asercion se apoya en el decreto pontificio de autorizacion, que expresaba que los Capuchinos genoveses sólo administrarian la isla de Tabarca, no entrometiéndose en la tierra firme, ya concedida á los Capuchinos sicianos.

Tabarca pertenecia en 1636 á la familia de los príncipes Lomellini, originaria de Génova. La manera como esta isla cayó en manos cristianas es la siguiente: En 1540 los genoveses hicieron prisionero en las costas de Córcega al famoso pirata Dragut, y para su rescate el rey de Túnez les dió Tabarca. Los Lomellini, á quienes fué especialmente concedida esta isla, instalaron desde luego en ella una pesquería de coral.

El P. Alejandro, primer superior de los Capuchinos genoveses, recibió el título de prefecto para indicar el carácter permanente de la Mision. Los Trinitarios y los Religiosos de la Merced sólo hacian apariciones irregulares en Túnez, y regresaban á Europa con los esclavos libertados.

Los Capuchinos genoveses establecidos en Tabarca fueron reemplazados en 1652 por otros de la provincia romana, y el superior de estos nuevos misioneros recibió el título de provicario apostólico, título que sus sucesores conservaron hasta 1841. El primer provicario fué el P. Carlos de Ancona.

Por otra parte los caballeros de Malta no cesaban de dirigir su atencion hácia Túnez, y el 24 de Agosto de 1640 sus galeras se presentaron ante la Goleta, incendiaron muchas naves y apresaron cinco grandes embarcaciones de la flota tunecina.

Finalmente, no fué menos viva la solicitud de san Vicente de Paul para aquellas comarcas en donde sufrió la esclavitud. De regreso á su país, preocupóle constantemente la idea de socorrer á los cristianos cautivos: su más ardiente deseo consistia en poder enviar á Túnez sacerdotes misioneros para fundar establecimientos religiosos, redimir esclavos y cele-

(1) París, 1649.

(2) *Annales tunisiennes*, p. 48.

brar regularmente los santos Misterios. Mas era ésta una obra de ejecucion difícil, pues los turcos no podian sufrir la presencia de un sacerdote cristiano sino en el estado de esclavitud ó de tributario de su codicia. Vicente se acordó de que los tratados entre Francia y el Gran Señor autorizaban á los reyes de esta nacion á mantener, en todas las ciudades marítimas dependientes de la Puerta, algunos de sus súbditos á titulo de cónsules, y que estos mismos cónsules pudiesen recibir un capellan para sus necesidades personales y el servicio religioso de su casa (1). En su consecuencia Vicente se entendió con Lange de Martin, á la sazón cónsul de Francia en Túnez, y envió á aquel punto (1645), en calidad de capellan, al Rdo. Luis Guerin, sacerdote de la diócesis de Bayeux, acompañado del P. Francisco Francillon. Merced al apoyo pecuniario que le otorgó la duquesa de Aiguillon, Vicente pudo ver así cumplido uno de sus más ardientes deseos (2).

Apenas desembarcado en Túnez, Guerin se consagró enteramente á los esclavos. Estableció públicamente en los baños el culto católico; volvió á Dios á gran número de renegados, y obtuvo para los sacerdotes esclavos el permiso de celebrar la santa Misa, y aun pudo, asistido por los cautivos, llevar en procesion el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. Nunca, desde la caída de la Iglesia de Cartágo, lucieron allí para la Iglesia tan bellos dias. San Vicente, que sabia admirablemente conocer á los hombres, habia dicho hablando de Guerin: «A nadie he conocido en quien se haya manifestado más la operacion de Dios y que tuviese mayor gracia en anunciar las verdades del Evangelio.» En efecto, el piadoso misionero hizo tanto con la predicacion y el ejemplo, que inspiró aun á los jóvenes fortaleza para arrostrar el martirio. ¿Recordaré el valor cristiano de aquel adolescente que murió agobiado de palos antes que ceder á solicitudes vergonzosas? ¿Hablaré de aquel niño protestante, arrebatado en las costas de Inglaterra, conducido á Túnez, y que, convertido al Catolicismo, sufrió el martirio sin renegar de su nueva fe?

Guerin extendió su predicacion fuera de la ciudad, recorrió ciertas partes de la Regencia para anunciar la palabra de Dios á otros infelices cristianos, y convirtió á uno de los hijos del dey Hadj Mohamed, llamado Querubi. Luego de su conversion, este Principe huyó á España, en donde recibió el bautismo, y el rey Felipe IV le concedió considerables rentas. En una

(1) *Saint Vincent de Paul*, t. I, p. 254 y 255.

(2) Poco más tarde, por contrato del 20 de Mayo de 1647, la duquesa de Aiguillon donó á san Vicente 40,500 libras, cuyas rentas debian servir «para mantener Religiosos en Túnez, Argel y otros puntos de Berbería en donde hay cristianos detenidos esclavos, y que cumplan con éstos las funciones de Mision, administrándoles los santos Sacramentos, y emplear el excedente, si alguno hay, en limosnas para dichos pobres esclavos.»



JAPON. — Mampara cristiana del siglo XVII, conservada en una pagoda de Moriska. (Pág. 402).

travesía que hizo para ir á Roma y presentarse al Padre Santo, fué preso por los corsarios y vuelto á Túnez, en donde conservó siempre en su corazón la fe cristiana y mostróse compasivo con sus nuevos correligionarios.

No pudiendo bastar á tantos trabajos, Guerin pidió al dey Hadj Mohamed autorizacion para hacer venir un auxiliar. «Haz venir dos ó tres,» contestóle el dey. En su virtud aquel se dirigió á san Vicente de Paul.

El misionero escogido para secundar á Guerin fué Juan Le Vacher, sacerdote nacido en Ecouen (1619) y para siempre ilustre por el inusitado tormento que le hicieron sufrir los argelinos en 1683. A su llegada á Túnez (22 de Noviembre de 1647) habia allí la peste.

Guerin y Le Vacher se multiplicaron para servir á los cristianos, y ambos fueron atacados por la pestilencia, sucumbiendo el primero despues de un largo y glorioso apostolado. El segundo recobró la salud y continuó la obra de su predecesor. Lange de Martin, cónsul de Francia, siguió de muy cerca en el sepulcro á Guerin (1648), y Le Vacher, que quedó solo, fué encargado provisionalmente de la Mision y del consulado.

Informada entonces la duquesa de Aiguillon de cuánto bien hacia dicho Padre, obtuvo del rey que le vendiese los dos consulados de Túnez, pues entonces estos cargos eran venales. La Duquesa los ofreció á Vicente, quien los aceptó, habiendo obrado dicha señora sin comunicárselo; y él veía en esto una prueba de la voluntad de la divina Providencia. Como el dey Hadj Mohamed no quiso admitir otro cónsul que Le Vacher, Vicente confirió el cargo á este último (1648), obteniéndole además del Padre Santo el título de Vicario apostólico (1). Se sometió á su jurisdiccion al superior de la Mision de los Capuchinos, que tenia el título de provicario.

En 1652 Le Vacher bendijo en un baño una capilla bajo la advocacion de Santa Cruz, y la capilla del consulado de Francia bajo la de San Luis. Estos fueron los dos primeros altares erigidos en Túnez desde la toma de Cartago por Hassan (698). La capilla de Santa Cruz ha desaparecido, y la de San Luis sirvió hasta 1860, época en que el consulado fué trasladado á la Marina.

Sintiendo el celoso Padre que el peso de los negocios era excesivo para un solo hombre, pidió ser relevado de sus funciones de cónsul. San Vicente de Paul consintió en ello, y le eligió por sucesor á Martin Husson, abogado del Parlamento de París, quien llegó á Túnez á fines de 1653.

El vicario apostólico consagró desde entonces todos sus desvelos á los cautivos y á los cristianos. Cierta dia fué bruscamente desterrado de Túnez por un capricho del Dey: á causa de esto se retiró á Bicerta, donde convirtió á muchos renegados. Al cabo de un mes á instancias de Husson el Dey le llamó de nuevo. En 1656 el furor del Príncipe se volvió contra el cónsul, que fué arrojado de la Regencia, por cuyo motivo el buen Padre tuvo que encargarse nuevamente del consulado, cuyos intereses regentó durante diez años.

El 25 de Noviembre de 1665 el duque de Beaufort, almirante francés que acababa de batir una escuadra ar-

gelina en las aguas de la Goleta, renovó los precedentes tratados concluidos con el Gobierno de Túnez. Una disposicion del nuevo tratado estipulaba que serian puestos en libertad todos los cautivos franceses detenidos en los baños. El cónsul de esta nacionalidad sirvió de intermediario entre el dey y el expresado Duque.

Este nuevo servicio no impidió que Le Vacher fuese objeto de la envidia de los negociantes de Marsella, que consiguieron quitarle el consulado é hicieron que se diese el Sr. Durand. El intruso tardó poco en advertir que este empleo, lejos de proporcionar dinero, no habia dejado de ser para la Mision una carga onerosa. «Juan Le Vacher, dice el Rdo. Maynard, fué no sólo el último cónsul, si que además el postrer misionero de la Compañía con residencia en Túnez.»

A su partida el celoso Padre confió la Mision á dos Capuchinos rescatados por él, los que puede decirse son los antepasados de los Capuchinos actuales. Los dos Religiosos formaron en breve, con autorizacion de la Santa Sede (1667), una prefectura apostólica que permaneció dependiente de la diócesis de Argel hasta 1842.

XII.

MISIONES DE LOS CAPUCHINOS ITALIANOS. (1667-1842).

El prefecto de los Capuchinos italianos estableció en 1685 un misionero en el cabo Negro, donde la *Compañía de las concesiones de Africa* (1) acababa de abrir una factoría. Esta Sociedad tomando incremento creó otros establecimientos del mismo género en Bicerta, Puerto-Farina y Cabo-Rojo. Poco despues el provicario apostólico fundó una residencia en cada una de las tres estaciones á fin de atender debidamente á la administracion de los católicos. Cabo-Rojo, actualmente abandonado, estaba situado entre la Cala (Argel) y la isla Tabarca. Puerto-Farina (en árabe, Rah el-Melah), sito entre Utica y Cartago, tiene aún hoy un misionero capuchino.

El mismo año, 1685, los Trinitarios se dirigieron desde Flandes á Túnez para el rescate de esclavos, logrando libertar á gran número de ellos.

La segunda mitad del siglo XVII fué constantemente turbada por sediciones de palacio, revueltas militares y guerras con los argelinos. El poder con harta frecuencia combatido de los deys fué más de una vez impotente para proteger con eficacia á los cristianos, que debieron en parte su salvacion á la presencia de las escuadras francesas que cruzaban frente la Goleta y á lo largo de las costas tunecinas.

En ninguna parte encuentro la menor noticia respecto á los católicos de las ciudades del litoral en aquella época. A propósito del viaje de Le Vacher en 1653, se habló incidentalmente de los cristianos del Bardo y de Bicerta. Debían existir cristianos en Sussa y en Monastir, mas parece que no hubo entonces misioneros en estas dos ciudades. En 1694, habiendo la victoria conducido á los argelinos hasta Túnez, los vencedores invadieron los baños y profanaron la capilla de Santa Cruz.

(1) Le Vacher en los actos públicos tomaba los siguientes títulos: Sacerdote de la Mision, misionero y vicario apostólico, vicario mayor del arzobispado de Cartago en Africa, y cónsul de la nacion francesa en la ciudad y reino de Túnez.

(1) La *Compañía de las concesiones de Africa*, fundada desde 1561 en el Bastion de Francia, trasladó más tarde su asiento á la Cala, y en 1741 trocó su nombre en el de *Compañía Real de Africa*.

Una peste terrible se ensañó en 1705. Dos prefectos apostólicos, el P. Perfecto y el P. José María, sucumbieron uno tras otro víctimas de su caridad con los apesadados. En la ciudad de Túnez morían más de 700 personas cada día.

El advenimiento en 1705 de Hussein ben-Alí, fundador de una nueva dinastía, dueña aún del poder, puso fin á las turbaciones políticas de la Regencia. Hussein era hijo de un renegado griego. Alistóse muy joven en la milicia y llegó en breve á los grados superiores. Aprovechándose hábilmente de la derrota del dey Ibrahim el-Cherif, á quien habian reducido los argelinos, logró hacerse nombrar bey (1). Supo atraerse todos los partidos, y les hizo aceptar que en adelante la dignidad de ebeý fuese hereditaria en su familia. Así terminó aquella funesta série de revoluciones de serrallo y de luchas intestinas, durante la cual estuvo incesantemente en peligro la existencia de los cristianos. Por un tratado concluido en 1710, Hussein ben-Alí permitió á los Trinitarios de Castilla fundar en Túnez un hospital destinado á los cautivos cristianos. Los Capuchinos italianos habian ya fundado en los baños varios hospicios.

Aprovechando las buenas disposiciones de este bey, el cardenal de la Tremouille obtuvo (1715), por mediación de la Propaganda, permiso para terminar la capilla del Bardo. Contábanse á la sazón cuatro capillas en Túnez: San Luis, Santa Cruz, Santísima Trinidad y San Francisco. No es conocido ahora el solar de estos dos últimos santuarios.

Desde la partida de Le Vacher (1667) los Capuchinos italianos sirvieron en Túnez la capilla del consulado, y habitaban en una construccion vecina, de donde tuvieron que salir en 1724 para ir á habitar el baño de Santa Cruz, sito casi en frente del consulado. Actualmente es la aduana interior de Túnez.

El prefecto apostólico, Francisco de Módena, creó en Bicerta en 1720 una parroquia con jurisdicción sobre la de Puerto-Farina; empero la falta de recursos obligó á los Capuchinos, en 1724, á abandonar de nuevo esta Mision, que más tarde volvieron á tomar, cuando la Propaganda les envió un subsidio.

Los medios de existencia de la Mision eran precarios, y consistían casi únicamente en limosnas recibidas de Europa, á las que se juntaba un derecho fijo, percibido sobre los vinos que se vendían en las tabernas cristianas. Este derecho era libremente aceptado por los taberneros, á quienes los misioneros prestaban un lugar. Siendo el gravámen cada vez mayor, los Capuchinos emprendieron un viaje á Europa (1736) con objeto de recoger limosnas.

Informado de que la familia Lomellini iba á ceder Tabarca á la *Compañía de las concesiones de Africa*, el bey

(1) Desde la dominación turca en Túnez, esto es, desde la toma de esta ciudad en 1574 por Sinan-bajá, lugarteniente del sultan Selim, el jefe de la Regencia ha llevado sucesivamente los títulos de bajá, (1574-1590), de dey (1590-1705) y de bey desde esta última fecha en adelante.

Sinan-bajá habia dejado en Túnez 4,000 hombres de tropas, divididos en 40 secciones, teniendo cada una un jefe con el nombre de dey, bajo la dirección general de un bajá. En 1590 uno de los 40 deys fué elevado á la dignidad de jefe del Estado, y el bajá ya no ocupó sino el segundo lugar. Los beys, jefes militares, concluyeron por destruir en provecho propio el poder de los deys, y desde 1705 el título de bey designa el primer jefe del Estado.

Ali-bajá dirigió sus fuerzas contra esta isla, de la que se apoderó fácilmente (1740). La mayor parte de la población cristiana, compuesta de cerca 1,500 personas, fué conducida al Bardo y reducida á esclavitud. Los habitantes que consiguieron escapar (unos 500) refugiáronse en la Cala, y luego pasaron á la isla de San Pedro, en Cerdeña. Los cristianos cautivos en el Bardo fueron empleados mucho tiempo en cavar un ancho foso circular y en reparar los muros de esta pequeña ciudad.

El año 1741 fué señalado por el destierro de todos los cristianos genoveses que el bey arrojó de la regencia sin forma de proceso, á consecuencia de la ruptura de sus relaciones con Génova.

Con la toma de Tabarca Ali-bajá hizo destruir el establecimiento francés de Cabo-Negro, cuya población fué conducida á Túnez, no como esclava, sino como prisionera de guerra. Por vez primera los moros hicieron esta diferencia, lo que es de notar. Luis XV envió en seguida algunos buques á las aguas de Túnez (1742). El capitán de uno de éstos, Sr. de Saurins, trató de reconquistar Tabarca; pero fracasó la empresa, y fué llevado cautivo al Bardo con 500 soldados. El 19 de Noviembre del mismo año ajustóse la paz entre Túnez y Francia por el marqués comisionado del Rey, D. Francisco Fort. Además del reglamento de los negocios comerciales, reconociéronse amplias inmunidades religiosas á favor de los cristianos y de los misioneros.

Diez años más tarde, en 1752, estalló una sedición contra Ali-bajá, quien para recompensar á las tropas su apoyo contra los facciosos, les concedió el pillaje de las casas cristianas y judías. El saqueo duró cinco días, durante los que fueron despojadas las casas particulares y profanadas las capillas: la soldadesca saqueó el convento de los Capuchinos y sitió el consulado de Francia; horrores todos que se reprodujeron en Setiembre de 1756, durante una última rebelión que costó la vida á Ali-bajá.

Al advenimiento de Ali-bey el 12 de Febrero de 1759 los cristianos pudieron respirar de nuevo. Una escuadra francesa, venida á la Goleta en Junio de 1762, y mandada por el Sr. de Bompard, contribuyó á aumentar su seguridad.

A últimos del siglo XVIII el número de esclavos cristianos disminuyó considerablemente. En 1780 habia poco más de 2,000 cautivos, mientras que en 1638 contábanse 7,000.

Citaré para memoria los tratados de 1768, 1770, 1781, 1782, etc., exclusivamente comerciales, que no obstante tuvieron una influencia indirecta en la suerte de los cristianos. El tratado concluido el 23 de Febrero de 1802 por el Sr. de Voize, cónsul general, en nombre de la república francesa, establecía que «todo individuo de un país que por conquista ó por tratado se una á los Estados de la república francesa y que se encuentre cautivo en el reino de Túnez, será puesto en libertad á la primera petición del comisario de la república.» Esta cláusula sólo tuvo cumplimiento con muchas dificultades.

Aquí tiene su lugar un hecho tan curioso como interesante, cuyo relato tomo del autor de los *Annales tunisiennes*. «Por las enérgicas reclamaciones del Sr. de Voize, Hamuda-bajá se vió obligado, en Abril de 1804, á prohibir á sus raís que inquietaran la marina y las costas romanas, que el primer Cónsul entendía desde en-

tonces poner bajo su inmediata proteccion. Tomóse esta resolucio[n] á consecuencia de una circunstancia tan grave como extraña. Un sueco, al servicio del Papa, se habia presentado cierto dia al bey haciéndole la singular proposicio[n] de entregarle el Sucesor de san Pedro y todos los Cardenales, bastando para esto, decia, hacer un desembarco en las costas de la Romaña, y se ofrecia á dirigir por sí mismo la expedicio[n]. Una vez verificado el desembarco de tropas en un punto del litoral que designó, se encargaria de arrebat[ar] el Papa y el Sacro Colegio casi entero, con ayuda de un poderoso partido de que disponia en Roma. Al mismo tiempo que el Sr. de Voize protestaba enérgicamente y con éxito contra tan odioso proyecto, apresuróse á dar conocimiento de él al cardenal Fesch, á fin de que el Padre Santo tomase las medidas convenientes.»

En 1812 lady Bentinck, mujer de lord William Bentinck, que mandaba en Sicilia las tropas inglesas que formaban el cuerpo de ocupacion, y un Religioso de la Orden de la Redencion de cautivos, habiendo ido á Túnez con una escuadra inglesa, obtuvieron la libertad gratuita de 64 esclavos; otros 394 fueron libertados mediante un rescate de 1,875 pesetas por cabeza, quedando todavía en los baños 500 cautivos.

Tres años más tarde, en 1815, los Trinitarios de Castilla abandonaron su Mision de Túnez, pues la obra de la redencion de cautivos no les daba por así decirlo ocupacion. En efecto, el año siguiente Inglaterra, Francia y otras potencias, uniendo sus esfuerzos, obtuvieron de Mahmud-bey la abolicio[n] de la esclavitud de los cristianos.

El éxito de las armas francesas y la toma de Argel causaron honda impresion en Túnez, de lo que se aprovechó Francia para ajustar en 8 de Agosto de 1830 con Hussein bey un tratado aboliendo absolutamente la esclavitud. Un artículo adicional y secreto concedia perpetuamente un solar en las ruinas de Cartago para erigir un santuario al rey san Luis.

La conquista de Argel tuvo por primera consecuencia el aumentar en Túnez el número de cristianos, á quienes el Gobierno del bey no ha cesado de mostrar sentimientos favorables.

Los Capuchinos experimentaron en breve los efectos de este feliz cambio. En 1833 les dió, primero en alquiler y luego á título gracioso, el hospital de los Trinitarios abandonado en 1815, establecimiento situado

en la calle de Sidi Mordjani, y que en la actualidad contiene el convento de los Capuchinos y la iglesia. Las estadísticas religiosas de la Regencia arrojaban en 1834 las siguientes cifras:

Túnez: 6,000 católicos, 300 griegos cismáticos, 100 protestantes. Bardo, 150 católicos; la Goleta, 500; Susa, 250; Monastir, 50; Mehedia, 60; Sfax y Gerba, 600; Bisesta, 60. Total, 8,070 cristianos.

La parroquia de la Goleta, creada en 1769, fué regularmente provista de un Padre Capuchino en 1836, enviándose el mismo año otro misionero á Susa, en donde algunos meses más tarde se fundó un hospicio. Los años 1835 y 1836 hacen época en la historia religiosa de Túnez por la fundacion de dos iglesias de Túnez y la Goleta.

En 1840 las Hermanas de San José de la Aparicio[n] se establecieron en Túnez á solicitud del provicario apostólico, y poco despues fundaron otra casa en Susa. Sfax á su vez fué provista de una iglesia (1841), al mismo tiempo que sobre las ruinas de Cartago se levantaba un templo á san Luis.



ILMO. MIGUEL NAVARRO, vicario apostólico del Hu-nan, muerto el 9 de Setiembre de 1877.

EFEMÉRIDE.

9 SETIEMBRE 1877. — Muerte del Ilmo. Miguel Navarro, vicario apostólico de Hu-nan.

Nació en Granada el 4 de Junio de 1809. El 25 de Noviembre de 1827 entró en la Orden de Menores Reformados ó Alcantarinos, establecida en Granada con el título de San Antonio, y profesó el año siguiente. Suprimidas en España las Ordenes religiosas, el P. Navarro fué á Roma, donde ingresó en

el colegio de San Pedro in Montorio, con objeto de prepararse al apostolado para las Misiones de China.

En 1844 llegó á Hong-Kong, Mision á cargo entonces de los Menores Reformados.

Allí permaneció dos años. La isla de Hong-Kong le debe la construccion de su primera iglesia católica. La antigua residencia de los misioneros, que un incendio destruyó en 1859, tambien habia sido edificada bajo la direccio[n] del Padre Navarro. En 1843 se trasladó á la Mision de Hon-Kuang.

En 1856, cuando la division de Hon-Kuang, el P. Navarro, entonces provicario, fué designado por la Santa Sede para administrar el nuevo vicariato de Hu-nan. Recibió la consagracion episcopal en Tien-mon en Diciembre de 1856, de manos del Ilmo. Spelta, vicario apostólico de Hu-pe.

El P. Navarro encontró su diócesis entregada á la guerra civil y al bandolerismo de los mandarines. El mismo estuvo expuesto á las violencias de un nuevo huracan.